

AURELIO: de este edificio soberbio.
 Pues llegad; solos estamos.
 DANTE: ¡Ah del soberano centro
 donde aprisionada vive
 toda la región del fuego!
 AURELIO: ¡Ah de la divina esfera
 del sol más hermoso y bello
 que, a pesar de opuestas nubes,
 abrasa con sus reflejos!
 DANTE: ¡Ah del alcázar de amor!
 AURELIO: ¡Ah del abismo de celos!
 DANTE: ¡Patria de la ingratitud!
 AURELIO: ¡Monarquía del desprecio!
 AURELIO y DANTE: ¡Ah de la torre!

En lo alto salen NISE y FLORA

FLORA y NISE: ¿Quién llama...
 NISE: ...tan sin temor...
 FLORA: ...tan sin miedo
 a estos umbrales?
 DANTE: Decid
 a vuestro divino dueño...
 AURELIO: Decid a la soberana
 deidad de ese humano templo...
 DANTE: ...que a ese mirador se ponga.
 AURELIO: ...que salga a esa almena.
 IRENE: ¡Cielos!
 ¿Quién para tanta osadía
 ha tenido atrevimiento?
 ¿Quién aquí da voces?
 AURELIO y DANTE: Yo.
 IRENE: Ya con dos causas, no menos
 que antes extrañé el oídos,
 habré de extrañar el veros,
 no tanto porque del rey
 atropelléis los decretos,
 no tanto porque de mí
 aventuréis el respeto,
 rompiendo el coto a la línea
 de mi espíritu soberbio,
 cuanto porque acrisoléis
 la ingratitud de mi pecho,
 que a par de los dioses juzga
 lograr mármoles eternos.
 Si de por sí cada uno,
 aun en callados afectos
 que apenas a estos umbrales
 llegaron, cuando volvieron
 castigados y no oídos,
 examinó mis desprecios,
 ¿qué hará, unido de los dos,
 ahora el atrevimiento?
 ¿Qué pretendéis? ¿Qué intentáis?
 Y ¿con qué efecto, en efecto,
 llegáis aquí? ¿Para qué

me dais voces?
AURELIO y DANTE: Para esto.

Sacan las espadas

AURELIO: Que si de ambos ofendida
estás, ambos pretendemos,
con librarle de una ofensa,
ganar un merecimiento.
DANTE: Y porque de su valor
quede el otro satisfecho,
queremos que seas testigo
tú misma de nuestro esfuerzo.
AURELIO: Ya partido el sol está,
pues el sol nos está viendo.
DANTE: Yo, porque no esté partido,
lidiaré por verle entero.

Riñen

IRENE: Tened, tened las espadas;
templad los rayos de acero;
mirad que aun el vencedor
la esgrime contra sí mismo,
pues no es menor el peligro
de vivir que quedar muerto.

Siguen riñendo

AURELIO: ¡Qué valor!
DANTE: ¡Qué bizarría!
IRENE: Llamad quien de tanto empeño
el riesgo excuse.
NISE: ¡Ah del monte!
FLORA: ¡Cazadores y monteros
del rey!

Dentro

VOZ: De la torre llaman.
Acudid, acudid presto.
AURELIO: ¡Que no acabe con tu vida!
DANTE: ¡Que dueres tanto!

Salen el REY y gente

REY: ¿Qué es esto?
AURELIO y DANTE: Nada, señor.
IRENE: (Las almenas
dejaré. Y pues al rey tengo
tan cerca de mí, han de hablarle
claros hoy mis sentimientos.)

Aparte

por competidor y mal,
sin ser noble, podía serlo--,
que lo que él diga será
la verdad; y así te ruego
la oigas dél, pues cuando no
estuviera satisfecho
de su valor y su sangre,
por no decirla yo, pienso
que me dejara vencer,
aun en lo dudoso, a precio
de que mi voz no rompiera
las cárceles del silencio.
AURELIO: Cuando no me diera Dante
licencia de hablar primero,
la pidiera yo, porqué
tan obediente al precepto
de tu voz estoy que, al ver
que tú gustas de saberlo,
aunque es mi afecto tan noble
como el suyo, hiciera menos
en callarlo que en decirlo.
Y es fácil el argumento,
pues en materias de amor
siempre calla un caballero
y no siempre un rey pregunta.
DANTE: Dices bien, y yo me alegro
que en callar y hablar los dos
tan de un parecer estemos
que, hablando tú y yo callando,
quedemos los dos bien puestos.
AURELIO: Un día, señor...

Salen AMINTA y damas

AMINTA: Hermano,
¿qué es la causa que te ha hecho
dejar la caza y venir
otra novedad siguiendo?
REY: De Aurelio, Aminta, lo oirás,
pues que llegas a buen tiempo.
DANTE: (No llega sino a bien malo.) **Aparte**
REY: Prosigue, pues.
AURELIO: Oye atento.
Un día, señor, que a caza
saliste a este sitio ameno,
y yo contigo, llamado
de la ladra de sabuesos
y ventores, que lidiaban
con un jabalí en lo espeso
del monte, di de los pies
a un veloz caballo, a tiempo
que impacientes dos lebreles,
por llegar a socorrerlos,
antes que de la traílla
les diese suelta el montero,
le arrastraban por las breñas,

de suerte libres y presos
que, con cadena y sin tino,
iban atados y sueltos.
Pasaron por donde estaba
y, enredándose ligeros
entre los pies del caballo,
desatentado y soberbio
con ellos lidió, hasta que,
mal desenlazado de ellos,
el eslabón a un collar
rompió, y la obediencia al freno,
tal que de una en otra peña,
sin darse a partido al tiento
de la rienda, disparó,
hasta que, chocando ciego
con lo espeso de unas jaras,
perdió, con el contratiempo,
tierra tan dichosamente
que, él embazado y yo atento,
desamparamos iguales
yo la silla y él el dueño.
Aquí, al cobrarle la rienda,
se enarboló en dos pies puesto
y, llevándome tras sí,
partimos los elementos,
pues el mar de mi sudor
y de su cólera el fuego,
dejándome con la tierra,
le vieron ir con el viento.
Solo y a pie en la espesura,
ni bien vivo ni bien muerto,
sin saber dónde, quedé.
Preguntarásme a qué efecto,
hablándome tú en mi amor,
te respondo yo en mi riesgo.
Pues escucha; que no acaso
te he contado todo esto;
porque, hallándome, según
dirá después el suceso,
dentro del vedado coto
que tienes, gran señor, puesto
a la libertad de Irene,
fue justo decir primero
la disculpa con que yo
romperle pude, supuesto
que fue por culpa de un bruto;
que no pudieran con menos
violento acaso quebrar
mis lealtades tus preceptos.
Solo y a pie, como he dicho,
sin norte, sin guía, sin tiento,
me hallé en la inculta maleza,
las vagas huellas siguiendo
de las fieras que, perdidas
tal vez, tal cobradas, dieron
conmigo en la verde margen
de un cristalino arroyuelo

que, del monte despeñado,
descansaba en un pequeño
remanso, y para correr
paraba a tomar esfuerzo.
¡Oh cómo sin elección
del humano entendimiento
sabe mostrarse el peligro,
sabe sucederse el riesgo!
Dígalo yo; pues llevado
de mí sin mí, discurrendo
al arbitrio del destino
--que homicida de sí mismo,
sin saber dónde guía, sabe
dónde está el peligro, haciendo
de las señas del escollo
seguridades del puerto--,
me vi, cuando juzgué a vista
de los descansos, oyendo
de no sé qué humana voz
los mal distintos acentos,
y tan lejos del alivio
que, áspid engañoso el eco,
en las lisonjas del aire
escondía su veneno.
Estaba en la verde esfera
del más intrincado seno,
tejido coro de ninfas
como guardándole el sueño
a una deidad, recostada
en el apacible lecho
que de flores, yerba y rosa
estaba el aura mullendo.
No te quiero encarecer
su perfección; sólo quiero,
para disculpa, que sepas
que vi y amé tan a un tiempo
que, entre dos cosas no pude
distinguir cuál fue primero,
pues juzgo que volví amando
aun antes de llegar viendo.
Apenas entre las ramas
el templado ruido oyeron
de las hojas que movía
la inquietud de mi silencio
cuando todas asustadas
por las malezas huyeron
del monte. Quise seguirlas,
mas no pude; que, resuelto
delante un guarda me puso
el arcabuz en el pecho,
diciéndome que me diese
a prisión, por haber hecho
contra las órdenes tuyas
tan notable atrevimiento
como haber roto la línea
de aquese vedado cerco.
Dije quién era y la causa,

mal honestados pretextos,
que no me toca argüirlos,
aunque me tocó vencerlos.
Tú indignado preveniste
tus armadas huestes, siendo
yo su general, a quien
honraron con este puesto
siempre, señor, tus favores
más que mis merecimientos.
Con ellas, pues, salí en busca
de tu enemigo; y, supuesto
que sabes que le vencí,
sólo en esta parte quiero,
por lo que al suceso toca,
eslabonar el suceso.
Y así diré solamente
que aquel día en que vi puesto
de la fortuna al arbitrio
todo el poder de tu imperio,
fautó para mí e infausto
fue, pues me vi a un mismo tiempo
ser vencedor y vencido,
cuando, en fuga el campo puesto
de Lidógenes, que iba
desbaratado y deshecho,
entre el bélico aparato
de tanto marcial estruendo,
tanto militar asombro
reconocí un caballero
que a todos sobresalía
por ser su arnés un espejo
en quien se miraba el sol,
que, blandiendo herrado el fresno,
la sobrevista calada,
en un bruto tan ligero
que pareció que volaba
con las plumas de su dueño,
de las desmandadas tropas
que iban por el campo huyendo
el desorden reducía,
valiente, animoso y diestro,
solicitando rehacerlas
para empeñarlas de nuevo,
por ver si así mejoraba
de fortuna en el reencuentro.
Puse en él los ojos y él,
adivinando mi intento,
que a veces el corazón
habla de parte de adentro,
saliéndome al paso, hizo
elección de mejor puesto,
ocupando de un ribazo
la loma, cuyo terreno,
algo pendiente, le hacía
ventajoso, donde habiendo
proporcionado a su juicio
la distancia del encuentro,

pasó de la cuja al ristre
la lanza con tal denuedo
que, hecho a la mano el caballo,
sin esperar el acuerdo
de la espuela, para mí
partió tan galán, tan diestro
que diera miedo a cualquiera
que hubiera de tener miedo.
Yo, que sobre el mismo aviso
estaba, habiendo primero
reparado mi caballo,
por ganarle algún aliento,
al verle partir, partí
tan igual con él que entiendo
que, a haber medio entre los dos,
el choque dijera el medio.
Entre baberol y gola
el asta me rompió, a tiempo
que yo de la gola arriba
la mía rompí, subiendo
en átomos, no en astillas,
tal altos entrambos fresnos
que, de la región del aire
pasándose a la del fuego,
por encenderse, tardaron
en caer o no cayeron.
Mal afirmado en la silla
quedó un rato porque, haciendo
en las grabazones presa
el trozo último del cuento
se llevó con el penacho,
falseando el tornillo al yelmo,
la sobrevista tras sí,
de manera que, volviendo
a recobrarse en el torno,
empuñanado el blanco acero,
a buscarme y a buscarle,
le vi el rostro descubierto,
en cuya rara hermosura,
en cuyo semblante bello
suspendido y admirado,
juzgué que, Adonis con celos
de Marte, pretendía dar
satisfacciones a Venus
de que lo hermoso no sólo
es en las cortes soberbio.
Embistióme, pues, segunda
vez, en cuyo trance creo
que quedara victorioso,
según yo estaba suspenso,
si, tropezando el caballo
--quizá fue en mi pensamiento,
pues yo se le eché delante--,
con él no diera en el suelo,
de cuyo acaso gozando,
me hallé vencedor en duelo
tan dudoso que quedamos

uno de otro prisionero,
él de mi esfuerzo, mas yo
de su hermosura y su esfuerzo.
Retiráronle a mi tienda,
y fui el alcance siguiendo
hasta que, ya coronado
de despojos y trofeos,
canté la victoria, y más
cuando, a mis reales volviendo,
supe al entrar en mi tienda
que el hermoso prisionero
que en ella estaba era..

Salen IRENE, CLORI y LAURA

IRENE:

Yo,

que llegar, señor, no temo
a tus pies, gozando de esta
ocasión que hoy me da el cielo,
porque sé que en tus enojos
nada aventuro, supuesto
que no aventuro la vida,
porque es la que yo no tengo.
Y así, pues he de morir
sepultada en mi silencio,
muera anegada en mi llanto,
y débete por lo menos,
en albricias de mi muerte,
el estarme un rato atento.

Hija soy de Lidógenes de Egnido
isla del Archipiélago que, ufana,
como ésta a Venus consagrada ha sido,
aquella consagrada fue a Diana,
de cuyo opuesto rito ha procedido
entre las dos la enemistad tirana
que las mantiene en iras y rencores,
hija de olvidos una, otra de amores.

A aquesta causa aborrecidos creo
que siempre unos isleños de otros fuimos;
y así no hay que buscarle nuevo empleo
a nuestra enemistad, pues siempre vimos
que, opuesto el culto, opuesto está el deseo;
con que unos y otros al nacer hicimos
callados homenajes en la cuna
de aborrecer nuestra mejor fortuna.

Este, pues, heredado horror, que vario
el tiempo no borró de la memoria,
engendró en nuestra gente el temerario
pretexto de negarte aquella gloria
de que su rey te fuese tributario;
y aunque declare el cielo la victoria
en tu favor, nos queda por consuelo

creer que tuvo otro motivo el cielo.

Pues no siempre sus orbes celestiales,
no siempre sus luceros, sus estrellas,
árbitros de los bienes y los males,
lo mejor distribuyen que hay en ellas,
porque importa tal vez que desiguales
los dioses oigan mal nuestras querellas
y, siendo su instrumento el enemigo,
injusticia parezca el que es castigo.

Y así, dejando aparte que tuviese
otra razón mi padre, pues ninguna
es mayor que pensar cuánto le pese
ver mejorada en algo tu fortuna,
voy --o ya fuese justa o no lo fuese
la guerra-- a si hay alguna ley, alguna
razón para que, siendo prisionera,
en una torre emparedada muera.

Si yo en los ejercicios de Diana,
por ser a su deidad más parecida,
tan altiva nací, viví tan vana
que, siendo de las fieras homicida,
quise llegar con ambición ufana,
quise pasar con fama esclarecida
a serlo de los hombres, porque vieras
cuánto son para mí los hombres fieras

--a cuyo efecto vine gobernando
del ejército el trozo que postrero
se puso en fuga, ¡ay infelice!, cuando
contra mí el hado articuló severo
la infausta voz que el enemigo bando
victoria apellidó, y por eso infiero
que rigor a rigor añadir miras,
crüeldad a crüeldad, iras a iras--,
¿de cuándo acá en los reyes ha durado
desde un día rencor para otro día?
¿De cuándo acá la indignación del hado,
fiera al vencer, no es en venciendo pía?
Si mi valor te puso en tal cuidado,
mi valor es también el que debía
ponerte en el de honrarme, pues ha sido
gloria del vencedor la del vencido.

Y ya que esta razón en ti no alcanza
piedad, por tantas causas merecida,
acaba de una vez con tu venganza;
de una vez, no de tantas se despida,
porque de aquestos pies, sin esperanza
de mi muerte, no digo de mi vida,
no me he de levantar, donde en despojos
las lágrimas consagro de mis ojos.

Y porque afable esa deidad humana
responda al sacrificio que la adora,
no soy de armadas huestes capitana,
no infanta soy de Egnido vencedora,
no soy sacerdotisa de Diana,
pues sólo soy una mujer que llora,
tan modesta en pedir que aun de esta suerte
no pido más de que me des la muerte.

REY: Levanta, Irene, del suelo;
y pues en público acusas
mi majestad de tirana,
para que serlo no arguyan,
ni tú, ni cuantos oyeron
las hermosas quejas tuyas,
aunque lo sienta, he de darte
en público la disculpa.
El día que tuve aviso
de aquella batalla, en cuya
victoria estribó el honor
de mi majestad augusta,
hice sacrificio a Venus,
cuya hermosa deidad suma,
tutelar de Chipre, siempre
velando está en guarda suya.
Ella, al tiempo que sus aras
religioso fuego ahuma,
a mi culto agradecida,
por su oráculo articula
que vencerían mis armas,
pero tan a costa suya
que el mejor despojo de ellas
sería...

Dentro ruido grande

LIDORO: Asombros y furias
nos combaten.

UNO: ¡Iza!

OTRO: ¡Amaina!

OTRO: ¡Qué pena!

OTRO: ¡Qué ansia!

OTRO: ¡Qué angustia!

LIDORO: ¡Piedad, dioses!

TODOS: ¡Piedad, cielos!

REY: Cuanto iba a decir pronuncia
por mí el aire, pues en quejas
la voz a mis labios hurta.

IRENE: No, señor, en los acasos
el constante varón funda
agüeros; lamentos son,
cuantos hoy tu acento usurpan,
de un derrotado bajel
que, sin norte y sin aguja,
antes de tomar el puerto,
está corriendo fortuna.

AMINTA: Es verdad, pues, contrastado
de dos violentas injurias,
con los vientos y las ondas
a brazo partido lucha.

NISE: Ya de ambas sañas movido,
no sabe a qué parte sulca.
FLORA: Embates de mar y tierra
le zozobran y le asustan.
AURELIO: Y tanto que desbocado
choca con las peñas duras.
DANTE: En ellas cascado el pino,
su todo en partes menudas
desata, de suerte que
ya el que fue bajel es tumba.

Dentro

LIDORO: ¡Piedad, Dïana!
DIANA: A mí siempre
me fue contraria la espuma,
que es de la deidad de Venus
primer patria y primer cuna.
LIDORO: ¡Piedad, Venus!
VENUS: No hay piedad
con quien estos puertos busca,
en sus entrañas trayendo
tan grande traición oculta.
TODOS: ¡Piedad, dioses! ¡Piedad, cielos!
IRENE: ¡Qué pena!
AMINTA: ¡Qué ansia!
TODOS: ¡Qué angustia!
REY: Esperad aquí las dos,
siendo paréntesis una
desdicha de otra, entre tanto
que hoy el primero yo acuda
a socorrer en la orilla
los que náufragos fluctúan.

Vase

DANTE: Ociosa piedad será,
que, hidrópica la sañuda
sed del mar, ni aun un fragmento
arroja a tierra.

Vase

AURELIO: En cerúleas
bóvedas el mar dio a todos
pira, monumento y urna.

Vase

IRENE: Aunque la piedad, Aminta,
no es prenda de la hermosura,
puesto que en humano pecho
nadie las vio vivir juntas,

la de esta mísera ruina
será bien que aquí reduzca
a tus pies --bien que a pesar
de mi altivez-- mi fortuna
te suplica que intercedas
con tu hermano que concluya
con mi vida, dando fin
a una prisión tan injusta.

AMINTA: Los motivos de mi hermano,
que estorbó esa desventura
decir, hasta ahora nadie
sabe, pero está segura
que, si estuviera en mi mano
tu libertad, es sin duda
que desde un instante acá,
según el verte me angustia,
estuvieras ya, no digo,
Irene, en la patria tuya,
pero aun donde no pudieras
volver a estas islas nunca.

IRENE: De tu generosa sangre
lo creo, y está segura
tú también que, cuando no
fuera felicidad suma
la libertad, por no verme
donde atrevido presuma
Dante halagar con finezas
los ceños de mis injurias,
lo estimara.

AMINTA: Según eso,
¿verte amada te disgusta
de Dante?

IRENE: Y tanto...

AMINTA: (¡Alma, albricias!) **Aparte**

IRENE: ...que el incendio de mi furia
no ha de apagarse hasta que
sea con la sangre suya.

AMINTA: (Primero con su poder **Aparte**
todo el cielo te destruya.)

IRENE: ¿Qué dices?

AMINTA: Nada. (¡Ay, amor, **Aparte**
siempre mi pesar procuras,
primero por si le amaba
y agora porque le injuria!)

Salen el REY, DANTE y AURELIO

REY: No se ha visto igual estrago;
apenas la saña bruta
de ese monstruo dio a la arena
ni aun la seña más menuda
de su naufragio.

AMINTA: Pues ya
que, como dices, es una
pena paréntesis de otra,
no venzan ambas y suplan

REY: noticias de la primera
lástimas de la segunda.
Dices bien, y así mi voz
en lo que empezó discurra,
diciendo que al tiempo que
religioso fuego ahuma
--aquí quedamos-- las aras
de Venus, su voz pronuncia
que vencerían mis armas,
pero tan a costa suya
que trocaría el despojo
en desdicha la ventura.
Veniste tú prisionera
y, viendo cuánto se aúnan
vaticinios que amenazan
ruinas, tragedias e injurias
con bellezas que aun después
de verse vencidas triunfan,
hurtarte quise a los ojos
de mis gentes. ¡Qué locura!
¡Buscar medios que embaracen
donde hay estrellas que influyan!
Dígalo el ver que, aun guardada
en las entrañas incultas
de estos montes, has podido
dar principio a las futuras
ansias que temí, poniendo
en campal ardiente lucha
los héroes que de mi imperio
son las más fuertes columnas.
Y pues infalible el hado
ni se estorba ni se excusa,
pues antes busca su efecto
quien su impedimento busca,
entre tu llanto y mi miedo
partir pretendo la duda,
y que ni libre ni presa
quedes.

IRENE: ¿De qué suerte?

REY: Escucha,
y escuchad todos. Irene,
en cuya rara hermosura
la de nuestra diosa Venus
no quiere sufrir segunda,
no ha de volver a su patria,
pues su persona asegura
la invasión de estos estados,
siendo a la contraria furia
de sus movimientos freno,
y de su cerviz coyunda.
Quedarse como se estaba,
viendo que así no se excusan
los riesgos, es miedo inútil.
Si aun guardada nos perturba,
darla libertad tampoco;
pues será poner sin duda
en su libertad al hado.

A todo lo cual se junta
a muerte estar condenados
los dos. Pues haya una industria
que disculpe mis crueldades
y que repare las tuyas.
Esta ha de ser; que en mi estado
tome estado, con que ajustan
mis recelos que a su patria
volverse no pueda nunca,
siendo su alcaide su esposo;
con que también se asegura
que su sucesión vasalla
la ley de mi imperio sufra.
Y puesto que éste ha de ser
uno de los dos, con cuya
satisfacción el delito
de romper esta clausura
queda también honestado,
cada uno consigo arguya
quién querrá esposa con quien
Venus desdichas le anuncia,
el hado, ruinas, y todo
el cielo penas y angustias;
advirtiéndole que ha de ser
la primera a que se ajusta
perder mi corte y mi gracia,
pues lo que aborrezco busca,
y sangre enemiga mía
hacerla su esposa gusta.
Y pues os doy a escoger,
brevemente lo discurra
vuestro amor, que habéis de darme
respuesta luego, y presume
cualquiera que de esta ley,
o sea justa o no sea justa,
no será la culpa mía,
puesto que es la elección suya.

IRENE: Mira, señor, que sin mí
esa nueva ley promulgas
y, en vez de librarme, a más
estrecha prisión me mudas.
¿Yo la mano...?

REY: Esto ha de ser.

Vase

AURELIO: Pues si eso ha de ser, escucha;
que yo que pensar no tengo.
Perdóneme una hermosura,
porque no ha de ser mi amor
árbitro de mi fortuna.

Vase

AMINTA: Dante, en la elección que hicieres,
mira bien lo que aventuras,
que pierdes al rey y pierdes...
pero prosíganlo mudas
penas, que dichas son pocas
y calladas serán muchas.

Vase

IRENE: Dante, porque no por mí
desperdicies tu ventura;
la gracia del rey conserva,
en ella tu aumento funda;
que yo, que no he de pagarte
rendidas finezas nunca
con amor, con desengaños
intento que uno a otro supla;
porque desde el día que fuiste
de mi tragedia importuna
el principal instrumento,
te aborrecí con tan suma
aversión que, si me hicieses
reina del mundo absoluta,
antes de darte mi mano
ni que llegara a ser tuya,
volviera, no digo sólo
a aquesa prisión inculca,
pero a vivir desde luego
las entrañas de una gruta,
donde a este vivo cadáver
sirviese de sepultura
o la pira de ese monte
o de ese risco la tumba.

Vase

DANTE: ¡Ay, infelice! ¿Quién vio
atropellarse tan juntas
en dos iguales bellezas
los favores y las furias,
las finezas y las iras,
las sañas y las blanduras,
las lágrimas y las penas,
las quejas y las injurias?

Sale MALANDRÍN

MALANDRÍN: ¿Era hora, señor, de hallarte?
¿Dónde están los que te buscan?
Que hasta uno o dos yo haré que
no te ofendan; y es sin duda,
pues, huyendo yo, tras mí
irán, con que te aseguras

de ellos, para que se vea
que no hay pendencia ninguna
donde no sirva de algo
un camarada, aunque huya.
¿Qué pendencia ha sido ésta?
¡Ah, señor!

**DANTE, divertido, da un golpe a MALANDRÍN al
decir las siguientes palabras**

DANTE: ¡Oh suerte dura!
MALANDRÍN: ¡Y cómo que lo es, y está
tu suerte en la mano tuya!
¡Oigan, qué sesgo se queda!
¿Quién vio suspensión tan muda?
Vamos por estotra mano,
por si es más quieta la zurda.
¡Ah, señor!

DANTE, divertido, le da otro golpe

DANTE: ¡Válgame el cielo,
y qué crueldad tan injusta!
MALANDRÍN: Por muy injusta que es,
bastantemente se ajusta
a cuánto es pedir de boca.

DANTE repara en MALADRÍN

DANTE: ¿Quién está aquí?
MALANDRÍN: ¿Ahora lo dudas?
Pues ¿no lo dudaras antes
de las dos manufacturas?
DANTE: ¿Qué manufacturas?
MALANDRÍN: ¡Bueno!
¿Por tan liberal te juzgas
que de lo que das te olvidas?
DANTE: Deja, Malandrín, locuras;
que no estoy de burlas.
MALANDRÍN: Pues
¿quién está, señor, de burlas
si ya no es que sean de manos,
tan pesadas como tuyas?
Pero ¿qué es esto? ¿Qué tienes?
¿Qué suspiras? ¿Qué murmuras
entre ti? Dime tus penas.
DANTE: ¡Ay, infeliz, que son muchas!
MALANDRÍN: Pues no me las digas todas;
que hartas habrá con algunas.
DANTE: Aurelio, como a su amigo,
fiándome la pena suya,
me dijo que a Irene adora.
MALANDRÍN: Pues ¿qué importa?
DANTE: ¿Hay tal locura?

MALANDRÍN: La locura es importar
entre amigos. ¿Que se pudra
un hombre de que otro quiera
lo que él quiere?

DANTE: Si no escuchas,
no diré que de este acaso
en nuevo duelo resulta
reñir los dos, y que el rey
a partido nos reduzca
de que el que case con ella
pierda...

MALANDRÍN: ¿Qué?

DANTE: ...la gracia suya.

MALANDRÍN: Pues ¿hay más de no casarse?
¿Vale tanto una hermosura,
señor, como una privanza?
Y aun es de tantas fortunas
no la menor...

MALANDRÍN: ¿Qué?

DANTE: ... que Aminta
generosamente acuda
a vengar sus sentimientos.
Por cierto que tú te asustas
de una cosa que no sé
en qué discreción la fundas;
pues cuando está más celosa
es cuando está más segura
una dama. ¿Por qué piensas
que en este tiempo es cordura
tener un hombre dos damas,
sino porque, si la una
falta, quede la otra que
la cátedra sustituya?
Y así soy de parecer
que a Irene dejes y suplas
a la una con la otra,
y a la otra con la una.

DANTE: Calla, loco, no prosigas;
que el oírte me disgusta,
cuando, al ver que una me obliga
al paso que otra me injuria,
temo que desesperado
al mar me arrojen mis furias,
donde en el último aliento
digan lástimas tan justas...

Dentro

LIDORO: ¡Ay infelice de mí,
contra cuya suerte dura
todo el poder de los hados
tiranamente se aúna!

DANTE: Aguarda. ¿Qué voz es ésta?

MALANDRÍN: Pues ¿a quién se lo preguntas?
¿Sélo yo?

DANTE: A lo que se deja

ver, entre ruinas caducas
que el mar a la tierra arroja,
de las ondas, con quien lucha,
parece que un hombre escapa
la vida casi difunta.
LIDORO: ¡Si aun no estás vengada, Venus,
de tu cólera sañuda,
no me des puerto en la tierra,
pero dame sepultura!
MALANDRÍN: Lo de "morir a la orilla"
se dijo por él sin duda.

Sale LIDORO como arrojado y desnudo

DANTE: Infelice peregrino
del mar, si de tu fortuna
la última línea no tocas,
el perdido aliento ayuda,
que otro infelice en sus brazos
te recibe, porque acuda
a quien fluctúa en el mar
quien en la tierra fluctúa.
LIDORO: Si vuestra piedad... No puedo
proseguir; que la voz muda,
dentro del pecho anegada,
todos mis sentidos turba.
¡Ay infelice de mí!
¡Muerto soy!

Desmáyase

DANTE: ¡Qué desventura!
¿Si ha espirado?
MALANDRÍN: No, señor,
que aun agonizando pulsa.
DANTE: Llévale a aquesa cercana
población.
MALANDRÍN: ¿Quién?
DANTE: Tú; y procura
que con algún beneficio
los alientos restituya.
MALANDRÍN: Juro a Baco que es el dios
por quien los pícaros juran,
que tal no lleve. ¡Por cierto,
linda comisión!
DANTE: ¿Qué dudas?
MALANDRÍN: Andar con un muerto a costas
por aquestas espesuras.
DANTE: Llévale; que yo no puedo.
MALANDRÍN: Ni yo tampoco. Sin duda,
que a lo que infiero era...
DANTE: ¿Qué?
MALANDRÍN: Amante de sola una,
porque es necio tan pesado
que las costillas me abrumba.

Vase *MALANDRÍN*, llevándolo a cuestas
a *LIDORO*

DANTE: En efecto no hay desdicha
de quien no es otra mayor
consuelo.

Salen el *REY*, *AURELIO*, *AMINTA* e
IRENE

REY: ¡Dante!

DANTE: ¿Señor?

REY: ¿Has consultado, por dicha,
la respuesta que has de dar?
Que ya la de Aurelio sé.

DANTE: Óigala yo, para que
a ella responda.

AURELIO: Que estar
contra Irene conjurado
el poder de las estrellas
y que su destino en ellas
infausto nos diga el hado
no acobarda mi amor
la resolución gallarda,
porque sólo la acobarda
perder la gracia y favor
del rey, a quien, dando indicio
de mis lealtades, rendida
pongo a sus plantas mi vida
en humano sacrificio
que de ella hago a Irene bella;
pues, muriendo de dolor,
habrá cumplido mi amor
con él, conmigo y con ella.

DANTE: Pues yo, señor...

AMINTA: (¡Ay de mí!

Aparte

IRENE: ¡Con qué de temores lucho!)
(Dos veces muero, si escucho
desaires de un no y un sí.)

Aparte

DANTE: Pues yo, señor, asentado
que esto no toca en lealtad,
supuesto que es voluntad
tuya, digo que del hado
las amenazas no temo;
pues cuando precisas fueran,
y no contingentes, vieran
mis desdichas el extremo,
con que el miedo les perdía;
pues no es posible, señor,
que haya desdicha mayor
que no ser Irene mía.

Y siendo así, me prefiero,
tras el temor de los hados,
a perder puestos y estados;

porque, si hoy sin ella muero,
todo se pierde al perdella;
y quiero de aqueste modo,
perdiéndolo en ella todo,
perderlo todo y no a ella.

Y así, a tus plantas rendido,
la doy la mano.

REY:

Detente,
loco, bárbaro, imprudente,
necio y desagradecido;
que, aunque licencia te di
para que elección hicieras,
viendo que preferir quieras
tu amor a mi gracia así,
tanto el desdén he sentido,
puesto que no sea traición,
que, en castigo de esa acción,
no has de ser tú su marido;
sin todo te has de quedar.--

A AURELIO

Y en premio de que tú fueses
quien más mi favor quisieses
que no adquirir y lograr
una hermosura, has de ser
quien la merezca; de modo
que venga a perderlo todo
quien nada quiso perder.--

A DANTE

De mi corte desterrado
al punto, Dante, saldrás,
sin más honores, sin más
hacienda ni más estado
que la vida.-- Y para que
sea el dolor más tirano,

A AURELIO

dale tú a Irene la mano
delante de él; que yo haré
ser tan dichoso con ella
que desmienta mi favor
el ceño de su rigor
y el influjo de su estrella.
Dale la mano.

AURELIO:

Hoy verás,
Irene, que no temía
tu suerte, sino la mía.
Espera; que aun falta más.--

IRENE:

AL REY

AMINTA: ;Dante!
DANTE: (¡Sólo hoy a mi vida
faltaba, desesperada,
tras desprecios de una amada,
quejas de una aborrecida!)
AMINTA: Bien pensarás que quejosa
me tiene tu libertad,
Dante; pues sea o no verdad,
no me he de vengar celosa
de ti, ni de tus desvelos;
que soy quien soy, para que
mi sentimiento se dé
al partido de los celos.
Sin la gracia del rey vas
de su corte desterrado,
sin dama, hacienda ni estado.
No sé quién lo sienta más.
La dama no podré dalla,
que no es mía; mas podré
hacienda y estado, en fe
de que tan noble se halla
mi voluntad que ofendida
aun sabrá volver por sí.
Espérame, Dante, aquí;
que para que de tu vida
repares la ruina, es bien
que yo --corrida lo digo--
parta mis joyas contigo.
Llévete el cielo con bien,
y dondequiera que fueres,
sepa yo, Dante, de ti.

Vase

DANTE: ;Qué bien te vengas de mí!
Mas eres al fin quien eres,
y no te puedes negar
la estimación que te debes.
¡Que digan que no hay alevos
influjos para forzar
un albedrío! Es quimera;
porque ¿cómo puede ser
que quiera yo no querer,
y que quiera aunque no quiera,
sin que aquel desdén mitigue
este amor, y sin poder
que éste me obligue a querer,
ni aquél a olvidar me obligue?

Miente el astro que ha influido
tan varios efectos hoy
que me hace, entre amor y olvido,
feliz e infeliz, pues soy
amado y aborrecido.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

Salen LIDORO y MALANDRÍN

MALANDRÍN: Será para mi señor
vuestra salud linda nueva,
según quedó lastimado
de vuestra infeliz tragedia.
Y así, a que me dé en albricias
algún vestido que pueda
suplir el que yo os he dado,
a buscarle iré; pues cierta
cosa será que uno y otro
me lo estime y agradezca.
Pues no dudo que, a no estar
obligado a la asistencia
del rey que, como ya os dije,
anda a caza, él mismo fuera
quien os trajera en sus brazos.

LIDORO: Su vida el cielo y la vuestra
guarde, para que la mía
en igual fortuna pueda
desempeñar generosa
la obligación y la deuda.

MALANDRÍN: ¿Cómo igual fortuna? Eso
es lo mismo que se cuenta
de un hombre que estaba malo;
y, viendo la gran fineza
con que le asistía un amigo,
le dijo en voz lastimera:
"Plegue a Dios que me veáis
sano, amigo, y que yo os vea
morir a vos, para que
conozcáis de mi asistencia
lo agradecido que estoy
a la mucha piedad vuestra."
Vos así...

LIDORO: No la malicia
apliquéis; que bien se deja
ver adónde va a parar.
Y, aunque es fácil la respuesta,
con que no sólo en los mares
corren los hombres tormenta,

no la he de dar; mas supuesto
que vais a buscarle, es fuerza
acompañaros, porqué
mi vida a sus pies ofrezca.

MALANDRÍN:

Pues venid conmigo.

LIDORO:

En tanto
que damos con él, quisiera
que me dijerais quién es,
par que advertido sepa
la estimación con que debo
llegar a hablarle.

MALANDRÍN:

Bien se echa
de ver que sois extranjero,
pues no os han dicho las señas
de su casa y su familia,
que es...

Dentro voces y ruido

UNOS:

¡Qué desdicha!

OTROS:

¡Qué pena!

AMINTA:

¡Socorro, cielos, piedad!

LIDORO:

¿Qué ruido y qué voz es ésta?

MALANDRÍN:

Un caballo que del monte
desbocado se despeña
con una mujer.

LIDORO:

¿Qué aguarda
el valor que en mí se engendra
que no socorre su vida?
Pues basta que mujer sea
para que la suya un hombre
aventure en su defensa.

Vase

MALANDRÍN:

¡Qué veloz el extranjero
por lo intrincado atraviesa
del bosque para salirle
al paso! ¡Qué airoso llega
y, poniéndose delante
con la espada, pasar deja
al bruto a distancia que,
cortándole entrambas piernas,
convierte en fácil caída
su desbocada violencia!
¡Famosa suerte! El caballo
le den, pues le desjarreta.
Ya en sus brazos la recibe.
¡Oh qué acción! ¡Que no supiera
yo que hacerla no tenía
más dificultad que hacerla!

Sale LIDORO con AMINTA en los brazos

LIDORO: Perdonad, divino asombro,
que a vuestra deidad me atreva;
que no se aja en el peligro
el respeto, ni se cuenta
en número de dichoso
el que es dichoso por fuerza;
y alentad, que ya segura
estáis.

AMINTA: A tanta fineza
deudora soy de la vida.

LIDORO: Si errar vuestra voz pudiera,
vuestra voz, señora, errara
en reconocer la deuda,
que no sois vos quien la debe.

AMINTA: Pues ¿quién?

LIDORO: Toda la luz bella
del sol que, sin vos, estaba
ya en vuestro desmayo muerta;
y mal pudiera yo...

Salen el REY, NISE y criados

REY: Aminta,
mil veces en hora buena
te hallen mi vista y mis brazos
con la vida que desean.

AMINTA: Para que a tus pies, señor,
una y mil veces la ofrezca.

REY: Retírate a aquesa torre;
que, aunque es prisión de una fiera,
el acaso nunca elige.

AMINTA: No hay para qué; yo estoy buena.

NISE: A todas nos da, señora,
tu mano a besar.

FLORA: Y sea
tan dichosa la desdicha
que, quebrando el ceño en ella
de la fortuna, se quede
en el amago suspensa.

AMINTA: Dios os guarde; que a no ser
por el brío o la destreza
de ese joven que atajó
del caballo la soberbia,
a más pasara el peligro.

MALANDRÍN: Guarde Dios a Vuestra Alteza,
por las honras que me hace.

REY: ¿Fuisteis vos?

MALANDRÍN: No, mas pudiera
haber sido. Y por sí o no,
es justo que lo agradezca.
Fuera de que si a priori
el argumento se empieza,
yo fui quien le dio la vida.

REY: ¿Cómo?

MALANDRÍN: Como llevé a cuestas
a quien a ella se la dio,

después que de la tormenta
mi amo le entregó en mis brazos.
Y es precisa consecuencia
que él no diera vida a Aminta
si yo a él no se la diera.
Y así, si ella por él vive,
por mí viven él y ella.

REY: ¿Vos derrotado del mar
salisteis a aquestas selvas?

LIDORO: Sí, señor; que no hay desdicha
que para dicha no venga.

REY: ¿De dónde era aquella nave?

LIDORO: (Desmentir de dónde es fuerza.) **Aparte**

De Abido, que a Alejandría
de Egipto pasaba, llena
de riquezas y esperanzas.
Mas ¿quién a agua y viento entrega
a menos costa, señor,
esperanzas y riquezas?
Pues, de la náutica hablando,
dijo un cuerdo que no era
maravilla que los hombres
en la mar hallasen senda,
sino que osasen hallarla
para no más que perderla.

REY: Y ¿qué érades de la nave:
mercader o patrón de ella?

LIDORO: Ni uno ni otro; que lo más
a que se extendió mi estrella
fue, señor, a ser un pobre
marinero; de manera
que, con escapar la vida,
escapé toda mi hacienda.

REY: Poned los ojos en qué
haceros mercedes pueda;
que a más de la obligación
vuestras fortunas me dejan
compadecido.

LIDORO: Tus plantas
beso humilde, aunque por esta
acción, para no pedir
merced, me has de dar licencia.

REY: ¿Por qué?

LIDORO: Porque, si grosero
la pongo, señor, en venta,
será desairar la dicha
de haber merecido hacerla.
En otra ocasión podrás
honrarme; que es acción necia
que a vista de tal servicio
pida el premio.

MALANDRÍN: Pues lo yerras;
que si en la ocasión un hombre
que sirve no se aprovecha,
en pasándose, maldito
de Dios el que dél se acuerda.
Y yo conozco a quien tiene

muerto de hambre esta modestia.
 NISE: No es muy necio el extranjero.
 FLORA: Más que su voz dice muestra
 su traje y su estilo.

MALANDRÍN: Ya
 querrán ustedes que sea
 algún príncipe encubierto
 que viene de lejas tierras,
 enamorado de alguna
 de ustedes; pues evidencia
 tengo de que es hombre ruin,
 de vil y baja ralea.

NISE y
 FLORA: Y ¿qué es?
 MALANDRÍN: Que le viene bien
 el vestido que le presta
 un hombre de mi pretina,
 y no hay mayor experiencia
 de pobretón que ver que
 vestido de otro le venga.
 Sea chico o grande su talle,
 dél se ajusta de manera
 que con los gordos engorde,
 con los flacos enflaquezca,
 con los enanos enane
 y con los crecidos crezca.

REY: Yo con este azar, Aminta,
 dejar la caza quisiera;
 si bien me embaraza Irene
 a hacer de este monte ausencia.

AMINTA: ¿Por qué?
 REY: Porque, viendo ya
 frustrada la diligencia
 del cuidado que la asiste
 y pública la sospecha
 del hado que la amenaza,
 no es bien que libre ni presa
 quede, y más cuando segunda
 vez en la torre se encierra,
 a no casar en mi estado
 determinada y resuelta.
 Dime tú, ¿qué haré?

AMINTA: Señor,
 no en un instante se aciertan
 motivos que traen consigo
 tantas razones opuestas.
 Y, pues que dar tiempo al tiempo
 fue siempre la acción más cuerda,
 para darle, me parece
 (¡Oh Amor, mi discurso alienta!) **Aparte**
 que estará mejor conmigo,
 puesto que, con mi asistencia
 tenerla a la vista es
 ni librarla ni prenderla.

REY: Dices bien; y porque al fin
 favor mío no parezca,
 disponlo a tu gusto tú;

que, para que mejor puedas,
yo me adelanto a la quinta.--

A LIDORO

Y tú, marinero, piensa
en qué el servicio de hoy
podrá tener recompensa.
LIDORO: Yo gozaré de esa dicha
cuando otra ocasión se ofrezca.
REY: Pues yo te ofrezco la gracia
que me pidieres.

Vase. A AMINTA

NISE: ¿Qué intentas
llevando contigo a Irene?
AMINTA: Nise, asegurarme de ella;
pues dicen que hacen los celos
menos mal desde más cerca.
MALANDRÍN: Habéis de venir conmigo;
que buscar a mi amo es fuerza.
LIDORO: Claro está; pero un instante
esperad.
MALANDRÍN: ¿Qué hay que os detenga?
LIDORO: Sucesos de mi fortuna.
(Y es verdad, que, si no fueran **Aparte**
ellos tales, no llegara
con tanto temor a verla.)
FLORA: ¿Y has de llegar a la torre?
AMINTA: No; que temo que parezca
poca autoridad o mucho
deseo. Y así quisiera
que alguno de parte mía
la llamara.
NISE: No hay quien pueda
ir; que con el rey, señora,
todos o los más se ausentan,
creyendo que tú le sigues,
y aquí solamente quedan
el marinero y criado
de Dante.
AMINTA: Nadie pudiera
Más al propósito mío.
¿Traes, Flora, contigo aquellas
joyas que te dije?
FLORA: Sí.
AMINTA: Pues con una diligencia
dos cosas haré, que son
que el uno vaya por ella
y poder hablar al otro.
¡Hola!
LIDORO y
MALANDRÍN: ¿A quién llama tu alteza?

A LIDORO

AMINTA: A vos. Llegad a esa torre,
y decid a una belleza
infeliz, que en ella vive,
que a la margen lisonjera
de aqueste arroyo la aguardo,
que con vos a verme venga.
LIDORO: A servirte iré. (¡No vi
más soberana belleza!)

Aparte

Vase

MALANDRÍN: ¡Cuerpo de Apolo! Pues ¿no
estaba yo aquí, que fuera
tan presto como él? ¿A mí
tal desaire? Bien se echa
de ver que no está mi dueño
en tu gracia.

AMINTA: Porque veas
que antes ha sido favor,
dale a Malandrín aquesas
joyas, Flora.

MALANDRÍN: ¡Plegue a Dios
que vivas cuatro mil dueñas,
unas sobre otras, y luego
te den la supervivencia
de otros cuatrocientos mil
cuñados, suegros y suegras!
Si bien para mí excusada
estaba aquesta fineza,
porque, con eso y sin eso,
dijera lo que supiera
de mi amo, desde el día
que vino.

AMINTA: Ya no desea
mi cuidado saber más
de lo que sé.

MALANDRÍN: Pues ¿qué intentas?

AMINTA: Que le digas que una dama,
viendo que pobre se ausenta,
tan en desgracia del rey,
sin puesto, estado ni hacienda,
este pequeño socorro
ahora le envía; y que crea
que, dondequiera que él fuere,
tendrá su correspondencia.

MALANDRÍN: Luego ¿no son para mí?

NISE: ¿Para ti habían de ser, bestia?

MALANDRÍN: Pues ¿para quién son las dichas,
sino sólo para ellas?

AMINTA: Búscales presto, y adiós;
que no quiero, ya que llega
el marinero a la torre,
que con él Irene venga

MALANDRÍN: y te halle aquí. Yo iré, pero
a mi pesar, con tal nueva.
AMINTA: ¿Por qué?
MALANDRÍN: Porque no merece
un ingrato estas finezas.
AMINTA: ¿Ahora sabes que es lograrlas
razón de no merecerlas?

A sus damas

Venid conmigo [las] dos;
hagamos tiempo por esta
verde estancia.

Vanse. Sale LIDORO

LIDORO: ¡Ah de la torre!

Dentro

CLORI: ¿Quién es quien llama a esta puerta?

Salen CLORI y LAURA, y detrás IRENE

LIDORO: Decidle a una deidad que
vive aquí que hay quien desea
de parte de Aminta hablarla.
IRENE: ¿A mí?
LIDORO: A vos, si sois aquélla
que aquí... (Mas ¿qué es lo que miro?) **Aparte**
IRENE: (¡Cielos! ¿Qué ilusión es ésta?) **Aparte**
LIDORO: (¿Si es fantasía del deseo?) **Aparte**
IRENE: (¿Si es delirio de la idea?) **Aparte**
LIDORO: ...infeliz vive.
IRENE: Yo soy;
que, si infeliz traéis por señas,
mal podré yo desmentirlas;
si bien más duda a ser llega
traer vos recado de Aminta
que no el enviaros ella.
CLORI: ¿De qué turbada has quedado?
LAURA: ¿De qué has quedado suspensa?
IRENE: No sé...de oír de Aminta el nombre,
y ver que de mí se acuerda;
y así otra vez y otras mil
es bien que a informarme vuelva.
(Mejor a desengañarme **Aparte**
diré.) Pues ¿qué es lo que intenta?
LIDORO: Que vais a hablarla, que al margen
de aquese arroyo os espera.
Y no os admiréis de que
yo con el aviso venga,

puesto --¡ay de mí!-- que no es
novedad tan grande ésta
que no haya la fortuna,
señora, podido hacerla.
IRENE: No lo dudo; pero extraño
que la dicha me suceda
de que vos me dais aviso.
LIDORO: Pues no lo extranéis, si es ésa
la causa; porque no es dicha
el venir yo que no tenga
de desdicha mucha parte.
IRENE: ¿Cómo?
LIDORO: Como a esa ribera
derrotado me echó el mar,
sólo para que merezca
serviros a vos y a Aminta.

Aparte a IRENE

Y si es que tengo licencia,
hablaré más claro.
IRENE: No;
que no hay nadie que no sea
guarda mía.
LIDORO: Pues dejemos
esta plática suspensa
para mejor ocasión.
IRENE: El dejarla será fuerza,
y más al ver que llegamos
ya de Aminta a la presencia.

Salen AMINTA, NISE, y FLORA

AMINTA: Dame los brazos, Irene.
IRENE: Admirada, Aminta bella,
de que te acuerdes de mí,
he extrañado de manera
el favor, que aún hasta ahora
estoy dudosa y suspensa
sobre si le debo dar
crédito a lo que me cuenta.
AMINTA: Yo, Irene, siempre he estimado
tu persona, y si pudiera
decirte cuánto me tiene
lastimada tus tragedias,
te admiraras; pues sin duda
es mucho lo que me cuestan
de cuidado tus desdichas
y de envidia tu belleza.
Mas nunca tuve ocasión
de mostrarlo; y porque veas,
hoy que puedo, cuánto siento
de tu prisión la extrañeza,
quiero que a vivir, Irene,
conmigo a la corte vengas;

que, aunque mi hermano no dé
para esta piedad licencia,
yo la he de tomar.

IRENE: Tu mano
beso humilde, pero deja,
si por mi bien solicitas
esta mudanza, que muera
en aquestas soledades
antes que en la corte sea
objeto de los agüeros
del rey, y darme pretenda
estado a que no me inclino;
y más si es que, atento a aquella
primera palabra suya,
de ganarme el que le pierda,
más desenojado vuelve
a que Dante...

AMINTA: Espera, espera;
que yo te doy la palabra,
cuando en eso a hablarte vuelva,
de ser la primera yo
que esto estorbe y que esto sienta.

IRENE: Será la merced mayor
que hacerme en tu vida puedas;
pues de sólo ver que es él
quien está al paso, quisiera
que me dieras de volverme
a aquella prisión licencia.

Sale DANTE a la puerta, y viéndola, se detiene

AMINTA: (Él es el que al paso está. **Aparte**
El alma al mirarle tiembla.
Si es su homicida, ¿qué mucho
que sangre la herida vierta?)

Danse las manos AMINTA e IRENE

Eso no; conmigo ven,
y de sus enojos piensa
que vas conmigo segura.--

A NISE

A la gente que me espera
manda llegar las carrozas
a la falda de la cuesta.

Vase NISE. Hablan aparte IRENE y LIDORO

IRENE: Lidoro, a la corte voy;
no de la vista me pierdas.
LIDORO: Claro está que he de seguirte,

pues sigo en ti de mi estrella
el nuevo rumbo.
DANTE: (¿Quién vio, **Aparte**
en unida competencia,
darse las manos jamás
a su próspera y su adversa
fortuna, y que a un mismo tiempo
hoy en maridaje prenda
la ingratitud y el amor?)

Quiere acompañarlas DANTE

AMINTA: ¡Dante!
DANTE: ¿Qué manda tu alteza?
AMINTA: Que os quedéis.
DANTE: Ya sé, señora,
que no es justo que se atreva
quien de su destierro tiene
intimada la sentencia
a ver a persona real;
mas como al destierro atiendas,
es de la corte y, ya ausente
el rey, no es la corte ésta.
AMINTA: Es verdad; mas no es por eso
mandaros que hagáis ausencia.
DANTE: Pues ¿por qué?
AMINTA: Porque va Irene
conmigo, y pretendo hacerla
este primero agasajo
de que ni os hable ni os vea.
Y así, yendo ella conmigo,
no es bien que vais vos con ella.
DANTE: ¡Qué bien dicen que el contagio,
y no la salud, se pega!
AMINTA: ¿Cómo?
DANTE: Como Irene pudo
pegarte a ti su extrañeza
y tú no a ella tu agrado.
IRENE: Ni todo el cielo pudiera;
pues no podrá todo el cielo
hacer que no os aborrezca.
DANTE: Ni hacer que te olvide yo.

**Vanse AMINTA, IRENE, CLORI, Y FLORA. [Salen DIANA y VENUS,
en el aire]**

[DIANA]: Ya de nuestra competencia
está a la vista el examen.
[VENUS]: Pues la primera experiencia,
siendo en los montes, sea mía.

[Vanse DIANA y VENUS]

DANTE: (¿Quién vio acciones tan opuestas **Aparte**

y que ni amar ni olvidar
un hombre a su gusto pueda?
Pues se ha de olvidar y amar
sólo al gusto de su estrella.)
LIDORO: (¡Válgame Dios! ¡Qué de cosas
en un instante me cercan!
Y sobre todo, con ser
tantas hoy y tan diversas,
ninguna se hace --¡ay de mí!--
más lugar en mí que aquella
heredada y adquirida
saña que mi pecho engendra
contra Dante; pues él siempre
es y ha sido en paz y en guerra
el móvil de mis desdichas.
Pues ¿qué aguarda, pues qué espera
mi furor, cuando tan solo
ha quedado en la aspereza
de este monte? Empiece, pues,
mi venganza, sin que sea
infamia sobre seguro
matarle; que no es bajeza
en quien no viene a reñir,
sino a matar, que lo emprenda
como pudiere.

[Va a darle a DANTE, pero] sale MALANDRÍN

MALANDRÍN: ¿Es, señor,
hora de hallarte?
LIDORO: (Suspensa,
no sin nuevo asombro, el alma,
atrás mis intentos vuelva.)
DANTE: ¿Era hora de parecer
tú?
MALANDRÍN: Pues yo ¿por todas estas
montañas he hecho otra cosa
que buscarte? Y de eso sea
buen testigo el camarada
a quien tú sacaste a tierra,
pues a no mal tiempo el cielo
aquí le ha traído. --Llega,
por tu vida; di a mi amo
cuánto ha que andamos por esta
soledad en busca suya.
LIDORO: (Ya es otra confusión ésta.)
¿Dante es vuestro dueño?
MALANDRÍN: Sí.
Pues ¿qué maravilla es ésa?
LIDORO: ¿Y es él quien me dio la vida?
MALANDRÍN: Claro está.
LIDORO: (Desdicha fiera,
¿adónde has de ir a parar,
si a cada paso te aumentas?)
El y yo os hemos buscado,
señor, y así no os parezca

culpa en él, ni en mí omisión
llegar a las plantas vuestras
tan tarde quien de su vida
viene a conocer la deuda.

DANTE: Alzad, y creed que a mí
me doy yo la enhorabuena
de vuestra salud, según
llegó a lastimarme el verla
tan postrada que me hubiese
menester; porque no hay prueba
de un infeliz como ver
que de otro a valerse venga.
Y ya que en tierra y en mar
corremos los dos tormenta
tan a un mismo tiempo, ved
si la semejanza nuestra,
condiscípulos del hado,
algún cariño os engendra
para seguir mi fortuna;
que no quiero que se entienda
que mis puertas cierro a quien
el cielo arrojó a mis puertas.

LIDORO: El os guarde por tan grandes
mercedes y honras. (¡Que quieran **Aparte**
los dioses que beneficios
a mi enemigo agradezca!)
Pero para no admitirlas
os pido, señor, licencia,
que yo he de seguir la corte;
porque quizá tengo en ella
pretensión que a vos... Mas nada
os digo. (Calle la lengua **Aparte**
hasta que hable el corazón
con la voz de la experiencia.)
Quedad con Dios.

DANTE: El os guarde.

Vase LIDORO

¿Has visto igual extrañeza
de palabras y de acciones?
Apenas formó su lengua
razón con razón.

MALANDRÍN: Pues agua
había bebido. Aquí espera.

DANTE: ¿Dónde vas?

MALANDRÍN: Tras él.

DANTE: ¿A qué?

MALANDRÍN: A que el vestido me vuelva
quien de desagradecido
ha dado la primer muestra.

DANTE: Déjale y vente conmigo
a disponer cómo pueda
salir de la corte, cuando
sin puesto, estado ni hacienda
de un instante a otro me veo.

MALANDRÍN: Pues, di, señor, ¿qué me dieras
por todas aquestas joyas?

DANTE: Pues ¿quién...?

MALANDRÍN: ¿Quién quieres que sea?
Aminta.

DANTE: No me lo digas;
Deten, Malandrín, la lengua;
que es cargarla de razón
contra mí. Mas muestra, muestra;
que no vienen a mal tiempo,
si yo pudiese con ellas,
sin que sepa que yo soy
el dueño de la fineza,
socorrer a Irene; que,
fuera de su patria, es fuerza
no tener, yendo a la corte,
con que lucirse.

MALANDRÍN: ¿Eso piensas
ahora? Pues dime, ¿es bien
que una lealtad agradezcas
con un agravio, y que pagues
con un favor una ofensa?
¿No basta que, siendo tú
Dante, Irene te aborrezca,
cosa tan nueva en los "dantes";
y que "tomante" te quiera
Aminta, cosa también
en los "tomantes" tan nueva,
para que de agradecido
y quejosa...?

DANTE: Deja, deja
de argüirme; que ya sé
lo que yerra y lo que acierta
mi destino, mas no puedo
hacerle yo resistencia.
Altas deidades, que ignoro
si allá en la sagrada esfera
tiene acaso mi fortuna
superior correspondencia,
declaraos, ¿a qué fin
mis desdichas se conciertan?

Dentro cantan dos COROS de música

CORO 1: "A fin de que venza Amor."
CORO 2: "A fin de que el desdén venza."
DANTE: ¿Qué voces son las que el viento
lisonjeramente lleva?

MALANDRÍN: ¿Voces ahora se te antojan?
DANTE: Oye, a ver si su respuesta
acaso vuelve otra vez.
¿A qué fin, deidades bellas,
en dos contrarios afectos
mi ruina el hado concierta?

CORO 1: "A fin de que venza Amor."
CORO 2: "A fin de que el desdén venza."

DANTE: ¿Y ahora no las oíste?
MALANDRÍN: ¿He de oír lo que tú sueñas?
DANTE: Aplica bien el oído.
MALANDRÍN: Así aplicara mi hacienda.
DANTE: ¿A qué fin, tercera vez
vuelve a pregunta mi lengua,
disponéis...?

Dentro ruido y voces

TODOS: ;Guarda el león!
UNO: ;Al monte!
OTRO: ;Al valle!
OTRO: ;A la selva!
MALANDRÍN: Aqueste es otro cantar
que oigo bien.
DANTE: ;Qué voz es ésta?
MALANDRÍN: ¿Qué ha de ser? Pese a mi alma,
sino que el monte atraviesa
un león como un león.
DANTE: Aun la desdicha no es ésa,
sino que Aminta e Irene
Aun no han tomado --;qué pena!--
la carroza y por el monte,
bien que por contrarias sendas,
desamparadas de todos,
van huyendo.
MALANDRÍN: ;A Dios pluguiera
fuera mujeriego el dicho
león y, yéndose tras ellas,
a nosotros nos dejara!
DANTE: ;Oh quién a un tiempo pudiera
seguir a entrambas!
MALANDRÍN: ;Oh quién
estuviera a dos mil leguas
de cualquiera de las dos!

Dentro

AMINTA: ¿Nadie hay que me favorezca?
DANTE: Aquélla es la voz de Aminta;
fuerza es ir a socorrerla.

Dentro

IRENE: ¿No hay quien ampare mi vida?
DANTE: La voz de Irene es aquélla;
fuerza es que a ampararla vaya.
AMINTA: ;Piedad, cielos!
DANTE: Pero vuelva
adonde Aminta peligra;
IRENE: ;Dioses, piedad!
DANTE: Pero atienda
adonde peligra Irene.

MALANDRÍN: No es mala fullería ésa
de dudar, en ocasión
que la duda al riesgo ofrezca.
DANTE: Pues ¿qué he de hacer, si me llaman
a un tiempo?
MALANDRÍN: No responderlas,
sino dudar, hasta ver
cuál, más que a las dos, es fuerza
amparar.
DANTE: ¿A quién?
MALANDRÍN: A mí,
que te sirvo más que ellas.
IRENE: ¡Piedad, cielos!
AMINTA: ¡Favor, dioses!

Dentro

TODOS: ¡Al monte, al valle, a la selva!

***Sale AMINTA por una parte, en lo alto de un monte, y en la
otra parte IRENE***

AMINTA: ¿En todas estas montañas
no hay quien mi vida defienda?
DANTE: Sí; que yo la mía, señora,
perder sabré en tu defensa.
IRENE: ¿No hay quien defienda mi vida?

Dentro

TODOS: ¡Al monte, al valle, a la selva!
DANTE: Sí; que yo pondré la mía,
primero que a ti te ofenda.

Dentro

TODOS: ¡Guarda el león!
MALANDRÍN: Malo es esto;
que --¡vive Dios!-- que se acerca.
AMINTA: Pues ¿qué es esto, Dante? ¿A mí
en el peligro me dejas?
DANTE: Dices bien; tuya es mi vida.
IRENE: ¿Y de mí, Dante, te ausentas?
DANTE: Dices bien; también es tuya,
y ha de estar en tu defensa.
AMINTA: ¿Así a mi obligación faltas?
DANTE: Más te debo a ti que a ella,
es verdad; pierda la vida,
pero la fama no pierda.
IRENE: ¿Lo que quieres desamparas?
DANTE: También es verdad aquélla;
piérdase todo, mas no
lo que se quiere se pierda.

AMINTA: ¿De mí huyes?
DANTE: No; que contigo
me has de hallar.
IRENE: ¿De mí te alejas?
DANTE: No; que contigo has de verme.
MALANDRÍN: Si a propósito se hubiera
buscado un león que diese
lugar a su competencia,
¿se hubiera en el mundo hallado
otro de tanta paciencia?
Mas parece que lo oyó,
que camina con más priesa
hacia acá.
AMINTA: ¿Qué determinas?
IRENE: Di, ¿qué resuelves?
MALANDRÍN: ¿Qué intentas?
DANTE: Cumplir dos obligaciones,
sin que amor ni desdén pueda
decir que venció ninguno.
AMINTA e
IRENE: ¿Cómo?
DANTE: De aquesta manera.--
Bruto rey de estas montañas,
en mí tu saña ensangrienta;
que yo hago en ti sacrificio
de mi vida a dos bellezas;

A AMINTA

a ti, porque te la debo;

A IRENE

a ti, porque me la debes.

Vase

MALANDRÍN: ¡Por Dios, que se va al león,
como si a un lobo se fuera!
AMINTA: ¡Oye, espera, escucha, aguarda!
IRENE: ¡Aguarda, oye, escucha, espera!
AMINTA: Que yo, a riesgo de tu vida,
te perdono la fineza.

Vase

IRENE: Yo no; que sólo tu muerte
será lo que te agradezca.

Vase

MALANDRÍN: ¿No digo yo que el león

es león hechizo? Apenas
se puso mi amo delante
cuando, tomando la vuelta,
a él le deja, y hacia mí
se viene.

Sale un león

Usted se detenga,
señor león; uñas tiene
la dificultad, que empiece
a argüir conmigo, y la arguye
muy bien, aunque es una bestia.
¿Así a tu mejor cofrade,
Baco, en el peligro dejas?

Vuélvese a entrar el león

Apenas le invoqué cuando,
aunque brumado, me deja.
Yo iré luego a darle gracias.

Aparecen en el aire VENUS y DIANA

VENUS: Nada dijo mi experiencia,
Diana, pues quedan iguales
amor y desdén en ella.
Veamos qué dirá la tuya.
DIANA: Pues atiende; que he de hacerla,
si tú en tierra, yo en el aire.
VENUS: ¿Cómo?
DIANA: De aquesta manera.

Suena un terremoto, y desaparecen VENUS y DIANA

MALANDRÍN: ¡Esto solo me faltaba,
que ahora un terremoto venga!
El demonio me metió
en andar por estas selvas.

Vase. Salen el REY y AURELIO

REY: ¿Qué nueva lid de elementos
confunde los horizontes
y, estremeciendo los montes,
va desatando los vientos?
AURELIO: De un instante a otro se mueve
tan violenta que el mar sube
a inquirir si es onda o nube
la que brama o la que llueve.
REY: Con mil pálidos desmayos,
de asombros los aires llenos,

nos están diciendo a truenos
que presto vendrán los rayos.

AURELIO: Dicha fue que de la quinta
estemos tan cerca ya.

REY: Y fuerza también será,
pues he de esperar a Aminta,
el pasar la noche en ella.

AURELIO: Dices bien; pues no imagino
que dé señas del camino
la menos brillante estrella,
según pálida la luna,
que entre sombras se obscurece,
de algún eclipse parece
que está corriendo fortuna.

REY: Qué arguya de esto no sé;
y ¿sabes lo que he pensado
de estas cóleras? Que el hado
que influjo de Irene fue
se ofende de que yo quiera
sacarla de la prisión;
y estas las premisas son
de la ruina que me espera.

AURELIO: No estos excesos, que son
causa de naturaleza,
hagan con tanta tristeza
caso en tu imaginación.

REY: No siempre lo que adivina
humana ciencia es verdad,
y no siempre una deidad
lo infalible vaticina.

AURELIO: Tú has hecho bien en sacalla
de la prisión, pues así
más lugar das; y si a mí,
ya que en esto no se halla
la majestad ofendida,
me haces de su vida dueño,
yo quiero oponerme al ceño
que ha amenazado su vida.

REY: Yo, Aurelio, no he de forzar
las leyes de un albedrío,
porque ese empeño no es mío.
Lo más que te puedo dar
es la esperanza de que
solicite que sea tuya,
antes que Dante me arguya,
con que de mí le aparté
ofendido, que un amor
valga más que una privanza.

AURELIO: ¡Vuelva a vivir mi esperanza
otra vez!

Dentro

UNO: ¡Para!

Salen AMINTA, IRENE y todos los demás

causadas de sus enojos,
sino rayos que los ojos
arrancan del corazón.

AMINTA: Ya por lo menos vencida
la primer dificultad,
será paso a la piedad.

IRENE: Tarde la espera mi vida,
y si la verdad te digo,
lo más que me aflige es...

AMINTA: ¿Qué?

IRENE: Que, en aquel riesgo en que fue
cómplice el monte y testigo,
no me arrojase a morir
antes que a Dante llamase
a que mi vida guardase.
¿Yo a Dante pude pedir
amparo? ¿Yo a Dante que
a socorrerme viniera?
¿Yo que me favoreciera?

AMINTA: Contrario mi afecto fue;
que, si en mi mano estuviera,
de mi parte le pagara
aquella fineza rara.
(¡Oh si algún color hubiera **Aparte**
de pedir al rey que atento...!
Mas no sé cómo prosiga.)

IRENE: Por mucho que tu voz diga,
más dice tu sentimiento.

Sale LIDORO

LIDORO: Hermosísima deidad
de Chipre, aunque nunca fue
el repetir beneficios
de constante pecho, bien
tal vez se puede suplir
esta culpa, si tal vez
no es para darlos en cara
y para lograrlas es.
Y así, con este pretexto,
me atrevo a echar a tus pies,
pidiéndote, hermosa Aminta,
que intercedas con el rey,
que de la palabra suya
me cumpla aquella merced
que me ofreció en la primera
gracia que le pedí.

AMINTA: ¿Qué es?

LIDORO: Una libertad, señora.

IRENE: (¿Qué es esto que llegué a ver? **Aparte**
¿Lidoro viene a pedir,
con razones que no sé,
al rey una libertad?
La mía debe de ser.)

LIDORO: Y tú aquesta pretensión
hoy has de favorecer

AMINTA: por quien eres, no por mí.
 Yo lo haré. Prosigue, pues.
 ¿Qué he de pedirle?
 LIDORO: El perdón
 es del destierro...
 AMINTA: ¿De quién?
 LIDORO: De Dante.
 AMINTA: ¿De Dante?
 LIDORO: Sí.
 IRENE: (¡Oh aleve, fiero y cruel! **Aparte**
 ¿El perdón de tu enemigo
 sollicitas tú?)
 AMINTA: (Eso es **Aparte**
 pretender que yo te deba
 la vida segunda vez.)
 Esperad aquí; que yo
 vuestra pretensión diré
 a mi hermano, y plegue al cielo
 que la despache tan bien
 como deseo. (¡Ay, amor, **Aparte**
 sólo tú pudiste hacer
 que con tan buena ocasión
 pueda yo pedir por él.)

Vase

IRENE: Cobarde, loco, atrevido,
 infiel a tu patria, infiel
 a tu sangre y a tu honor,
 a tu fama y a tu ley,
 ¿qué es lo que puede obligarte
 a ser tan traidor, a ser
 tan vil que de tu enemigo
 procedas amigo fiel?
 Cuando pensé que venías
 en el disfraz que te ves
 sólo a darle muerte y darme
 a mí libertad, ¿te ven
 mis ojos con tan trocados
 afectos que venga a ser
 su libertad la que pides
 y a mí la muerte me des?
 Pero si fue quien te puso
 en fuga aquel día cruel,
 tan infausto para mí
 y tan fausto para él,
 ¿qué mucho -- ¡ay de mí!--, qué mucho
 que el temor te dure y que
 le pagues ahora aquella
 puente de plata?
 LIDORO: Detén
 la voz, Irene; que ignoras
 muchas cosas, y no es
 justo que a cerrados ojos
 quieras penetrar y ver
 lo íntimo de un corazón,

y Aminta...
LIDORO: Di.
IRENE: ...quiere bien.

Vase

LIDORO: Antes de nacer, amor,
ya eres infeliz. Mas ¿qué
me admiro, si todo tiene
su estrella antes de nacer?
¡Oh nunca --ay de mí-- llegara,
piadosamente cruel,
a tomar tierra en los brazos
de Dante, a tomar después
cielo en los brazos de Aminta,
pues sólo ha venido a ser
el vivir para morir
y para cegar el ver!

Sale AMINTA

AMINTA: Dame, marinero, albricias.
LIDORO: ¿De qué, señora?
AMINTA: De que
el rey la gracia te ha hecho
para que pueda volver
Dante a palacio.

LIDORO: (Desgracia **Aparte**
hubieras dicho más bien.)

AMINTA: Yo encarecí de mi parte,
cuanto pude encarecer,
tu pretensión como mía.

LIDORO: Ya yo, señora, lo sé,
pues me lo dice el efecto
tan claro.

AMINTA: Búscale, pues,
y dile de parte mía
que venga al punto...

LIDORO: Sí haré.

AMINTA: ... a ti y a mí agradecido,
a besar la mano al rey.
Mas no le digas que a mí,
pues basta que a ti lo esté;
que yo por ti y por mí solo
lo hice, pero no por él.

Vase

LIDORO: ¿Quién creerá que me haga mi tristeza
hoy del agravio cargo de fineza,
y que, cuando de amor rendido muero,
de mi enemigo venga a ser tercero?
Pero ¿qué temo, si enemigo digo?
Pues todo cesa, siendo mi enemigo,

supuesto que, en habiendo ya pagado
el favor que le doy al que me ha dado,
con él en paz en esta parte quedo,
con que volver a mis rencores puedo.
¿Quién, cielos, para darle
el aviso, supiera dónde hallarle,
pues ha de resultar dar de una suerte
esta mano el favor y ésta la muerte.

Salen DANTE y MALADRÍN

DANTE: Esto ha de ser y, pues la noche oscura,
vestida del color de mi ventura,
tan triste, tan medrosa,
tan lóbrega, confusa y temerosa
baja que solamente
la luz de los relámpagos consiente,
bien puedo a sombra de ella,
aunque estrella no hay, seguir mi estrella.
Y así, mezclando el ánimo y el iedo,
de aquesta quinta en el umbral me quedo,
mientras tú entras a ver qué cuarto tiene
en los acasos de esta noche Irene,
por si yo puedo vella
y despedirme con la vista de ella.

MALANDRÍN: ¡Oh tú que criado fuiste a ser criado,
Dios te libre de un amo enamorado!
Yo entraré, pues tu amor a eso me obliga;
pero mal haya yo, si se lo diga,
aunque la vea patente.
De aquella breve antorcha que arde enfrente
entrar puedo guiado,
tan alumbrado como deslumbrado.
Mas por cumplir con él, a aquéste quiero
preguntar. (¡Vive el sol, que el marinero **Aparte**
es! Mejor que mejor.) Oídme, os ruego,
ya que a tiempo de veros aquí llego,
¿qué cuarto es el de Irene?

LIDORO: No sé, aunque a tiempo vuestra duda viene,
que con otra pagáros la prevengo.
¿Dónde está vuestro amo, porque tengo
que darle aviso de una
dicha?

MALANDRÍN: No será poco en su fortuna;
y, aunque tema enojarle, si lo digo,
lo he de decir, que en fin vos sois su amigo.
Aquél es.

Va LIDORO hacia DANTE

LIDORO: (¡Qué mal finge mi cuidado!) **Aparte**
Aunque el embozo os tenga recatado,
perdonad; que una nueva
de gusto da licencia a quien la lleva
para entrarse (¡oh qué mal de fingir trato!) **Aparte**

sin llamar por las puertas de un recato.
Sabed que el perdón vuestro le he pedido
al rey, que me le ha dado, habiendo sido
de esta merced Aminta la tercera.
Adiós; que el rey os llama, y ella espera.
¡Oíd, escuchad!

DANTE:
LIDORO: No puedo.
DANTE: Ved que ofendido y obligado quedo.
LIDORO: Pues hacedme merced, sólo esto os pido,
de no estarme obligado ni ofendido,
sabiendo, por si importa en algún día,
que os pagué el beneficio que os debía.

Vase

DANTE: ¿Has visto extremo igual? Siempre asustado,
siempre confuso, siempre embelesado
este hombre está.
MALANDRÍN: Yo pienso que sería
que aquel susto incapaz le dejaría,
como suele el perdón al casi ahorcado.
DANTE: No es la hidalguía que conmigo ha usado
de hombre incapaz.
MALANDRÍN: Luego ¿haslo tú creído?
DANTE: Yo sí.
MALANDRÍN: Yo no; y si ha sido
engañosa quimera,
vamos tras él.
DANTE: En confusión tan fiera
no sé lo que te diga;
mucho a pensar y discurrir me obliga.
MALANDRÍN: Pues ¿qué has de hacer?
DANTE: No sé.--Deidades bellas,
que el uso gobernáis de las estrellas,
¿qué queréis de una vida
que, de tantos contrarios combatida,
toda es delirios, toda es ilusiones,
toda fantasma, toda confusiones?

Suenan truenos y terremoto

MALANDRÍN: Mas ¡cielos! ¿qué ruido es éste?
¿Qué ha de ser? ¡Pese a mi alma,
que el cielo se viene abajo!
DANTE: ¡Gran terremoto!
MALANDRÍN: Ya escampa.

Dentro

UNOS: ¡Fuego, fuego!
OTROS: ¡Agua, agua!
MALANDRÍN: ¡Vino
para el susto!
DANTE: Espera, aguarda;

DANTE: A Irene, señor, y a Aminta;
que entre las dos, cosa es clara,
que no sacara a ninguna,
si no las sacara a entrambas.
Desmayadas las hallé,
racionales salamandras
de aquel fuego, y a despecho
suyo, he podido librarlas.

REY: ¡Dante!

DANTE: ¿Gran señor?

REY: Los brazos
me da.

DANTE: Y dame a mí las plantas;
que, viniendo perdonado
de ti...

REY: No prosigas; basta
que sepa que sólo tú
hicieras acción tan alta.
Ya libres las dos, a menos
riesgo, mientras que restauran
los alientos, acudamos
al riesgo todos.

Vase

AURELIO: (¡Contraria **Aparte**
Fortuna, ¿siempre ha de ser
mi competidor quien haga
lo mejor?)

Vase

MALANDRÍN: ¿No me dirás,
señor, mientras que descansas,
las músicas que se hicieron?
DANTE: Como de lejos cantaban,
porque sonasen mejor,
huyeron, porque a su cuadra
no llegó el fuego.

MALANDRÍN: Me alegro
de saberlo, y que no haya
curioso que lo pregunte.
Pero yo te doy palabra,
si fuere algún día poeta,
--¡no me dé Dios tal desgracia!--
hacer de ti una comedia,
y tengo de intitularla
"El leonicida de amor"
y "El Eneas de su dama".

Vase

DANTE: Desmayadas hermosuras,
no le quitéis a mi fama

el haber dado dos vidas.
Volved a cobrar el alma.
¡Aminta! ¡Irene! ¡Señoras!

Vuelven en sí AMINTA e IRENE

AMINTA: ¡Ay de mí!
IRENE: ¡El cielo me valga!
AMINTA: ¿Dónde estoy?
IRENE: ¿Quién está aquí?
DANTE: Estáis donde aseguradas
vivís del pasado riesgo.
Y está aquí quien dél os guarda.
IRENE: Luego ¿tú eres quien me libra?
AMINTA: Luego ¿tú eres quien me ampara?
DANTE: Sí; que si otra vez airoso
estuve, dejando a entrambas,
hoy, a entrambas acudiendo,
lo estoy también, porque haya
en iguales experiencias
dos acciones tan contrarias
como socorrer dos vidas
del fin que las amenaza,
con dejarlas una vez
y otra vez con no dejarlas.
IRENE: ¡Oh nunca yo te debiera
fineza, Dante, tan rara!
AMINTA: ¡Oh siempre estuviera yo
debiéndote acción tan alta!
IRENE: Yo lo digo porque sé
que no tengo de pagarla.

Vase

AMINTA: Yo, porque sé que la tengo
de pagar con vida y alma.

Vase

DANTE: ¡Oh nunca y oh siempre yo
viva mezclando en mis ansias
de amado y aborrecido
las dos pasiones contrarias,
hasta que declare el cielo
quién mayor victoria alcanza:
quien ama a quien le aborrece
o aborrece a quien le ama!

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

*Salen por una parte DANTE y por otra
LIDORO*

LIDORO:	(¡Que nunca tenga ocasión mi venganza de lograrse!)	Aparte
DANTE:	(¡Que nunca le deba darse a partido mi pasión!)	Aparte
LIDORO:	(Mas cuando yo la tuviera, aun no sé si la lograra...)	Aparte
DANTE:	(Pero cuando me llegara, aun no sé si la admitiera...)	Aparte
LIDORO:	(...porque, si de mi venganza se me ha de seguir mi ausencia...)	Aparte
DANTE:	(...porque, si de su violencia se alimenta mi esperanza...)	Aparte
LIDORO:	(...¿cómo ausentarme podré sin llevar conmigo a Irene...?)	Aparte
DANTE:	(...¿cómo sin Irene tiene tan vil afecto mi fe...?)	Aparte
LIDORO:	(...¿y cómo podré vivir ausente de Aminta bella...?)	Aparte
DANTE:	(...¿y cómo podrá mi estrella del amor de Aminta huir...?)	Aparte
LIDORO:	(...¿y más cuando ya informado estoy que a Dante ha querido?)	Aparte
DANTE:	(...¿y más cuando aborrecido lo siento menos que amado?)	Aparte
LIDORO:	(Cuando más causa no hubiera, por mis celos le matara.)	Aparte
DANTE:	(Cuando dos causas no hallara, con una sola muriera.)	Aparte
LIDORO:	(Amor, celos y venganza de imposibles me mantienen.)	Aparte
DANTE:	(¡En qué confusión me tienen amor, desdén y esperanza!) ¡Celio!	Aparte
LIDORO:	¿Señor?	
DANTE:	A ventura tengo el hallaros aquí.	
LIDORO:	Siempre será para mí la mejor y más segura el estar a vuestros pies.	
DANTE:	Confieso que un forastero, a quien el hado severo a tierra arrojó, después que echó su hacienda en el mar, fuera de su patria y pobre, no hay razón que no le sobre para vivir con pesar. Pero, advirtiéndolo también que a quien la vida le queda no hay fortuna que no pueda	

vencer viviendo, y más quien
tiene las partes que vos,
siento veros afligido
siempre y siempre suspendido.
Habladme claro, por Dios,
¿qué habéis menester? ¿Queréis
a vuestra patria volveros?
Que embarcación y dineros
todo de mí lo tendréis.
¿Queréis quedaros aquí?
Pues sabed que en este día
de ese puerto la alcaidía
vacó y que me toca a mí
su provisión, y he querido,
pues hoy en mi cargo estoy
por vos, que sepáis que os doy
premisas de agradecido.
Si la admitís, bien con ella
lo podréis aquí pasar,
y con tiempo al tiempo dar
vado a vuestra injusta estrella.
Advertid, si os está bien,
que ando, cierto, deseoso
de que viváis más gustoso
de lo que parece.

LIDORO: ¿Quién
satisfaceros podrá
ese afecto, esa merced,
sino callando?

DANTE: Creed
que es cuidado el que me da
vuestra persona. Y pasando
al cargo, ¿qué respondéis?

LIDORO: Digo, señor, que me hacéis
notables favores cuando,
siendo extranjero, fiáis
de mí de la corte el puerto.
Yo le acepto; y estad cierto
de que servido seáis
en él de la atención mía.
(Bueno es darme la ocasión
envuelta en la obligación.)

Aparte

Sale MALANDRÍN

MALANDRÍN: ¡Señor!
DANTE: ¿Qué hay, loco?
MALANDRÍN: ¡Gran día!
DANTE: ¿Qué ha sucedido?
MALANDRÍN: Sintiendo
el rey la extraña tristeza
que padece la belleza
de su hermana, y pretendiendo
aliviarla, ya has sabido
las diligencias que ha hecho.
Y, aunque no son de provecho

las más de ellas, ha querido
que aquesos jardines bellos
sean teatros del día,
y de música y poesía
haya un gran festín en ellos.

DANTE:
MALANDRÍN:

¿Y eso te alegra? Pues ¿no?

Si los premios han de dar
las damas, ¿no he de lograr
el mejor de todos yo?

DANTE:
MALANDRÍN:

¿Por qué?

Porque, aunque discretas,
nunca yerran su elección,
y sabe su discreción
que de todos los poetas
ninguno de mejor gana
las sirve.

DANTE:
MALANDRÍN:

¿Es memorial?

Ya

se ve, y más hoy, que quizá
las he menester mañana.

DANTE:

Calla, loco.--Acudid vos
por los despachos después;
que ahora forzoso es
asistir al rey. (Si en dos

Aparte

afectos mi vida tiene
hoy lo que olvida y desea,
¿qué importa que a Aminta vea,
a precio de ver a Irene?)

LIDORO:

(¿Quién --¡ay infeliz!-- creerá
de mi confusa pasión
que me quita la ocasión
cuando la ocasión me da?)

Aparte

MALANDRÍN:

¿Por qué despachos habéis
de acudir, Celio?

LIDORO:

Hame hecho,
de mi lealtad satisfecho,
del puerto alcaide.

MALANDRÍN:

Gocéis
tan gran merced. ¡Que sea cierta
cosa que, en siendo extranjero,
ha de hallar uno portero,
y puerto, portada y puerta!
¡Y que, habiéndome portado
yo en mi porte bien, por cierto,
no aporte a puerta ni a puerto
que no le encuentre cerrado!

Pero aquesto no es de aquí.
Ya el rey a la alegre vista
del jardín baja, con toda
la gala y la bizarría
de la corte.

AURELIO: sin que lo agradezca. (¡Cielos, **Aparte**
muriéndome estoy de envidia!)
LIDORO: (Sufra este desaire el alma, **Aparte**
pues es fuerza quien soy finja.)

Siéntanse el REY en medio, a su mano derecha AMINTA, y a la otra IRENE, FLORA y LAURA al izquierdo suyo, y NISE y CLORI donde AMINTA; AURELIO y DANTE apartados, la MÚSICA al paño

REY: Ponga la música paz
a vuestras cortesanas.
CLORI: ¿Por qué tono empezaremos?
FLORA: Sea el de aquella letrilla
que, por grave o triste, suele
ser de más agrado a Aminta.
MÚSICA: "*¿Cuál más infelice estado
de amor y desdén ha sido;
amar, siendo aborrecido,
o aborrecer, siendo amado?*"
REY: La música da ocasión,
pues que pregunta entendida
para responder; y así
volvamos todos a oírla.
MÚSICA: "*¿Cuál más infelice estado
de amor y desdén ha sido;
amar, siendo aborrecido,
o aborrecer, siendo amado?*"

Dentro un clarín

REY: Esperad; ¿qué salva es ésta?

Sale un CRIADO

CRIADO: Un bajel, que a nuestra isla
de paz llega a tomar puerto.
REY: Pues salga quien le reciba,
y sepa de dónde viene,
qué gente y qué mercancía
trae.
DANTE: Id, Celio, pues os toca
hacer de todo pesquisa.
REY: ¿Por qué a Celio?
DANTE: Porque yo,
atento al favor de Aminta
más que al mío, con licencia
tuya, le di el alcaidía
del puerto y su atarazana.
REY: Ha sido elección muy digna.
LIDORO: Beso tus pies.
IRENE: (¿Quién creyera **Aparte**
que a esto Lidoro venía?)
AMINTA: Ésta es la primera acción

REY: que os debo de agradecida.
Id, pues, y con la respuesta
volved; y en tanto repita
la letra la duda, puesto
que da ocasión a argüirla.

Vanse LIDORO y el CRIADO

MÚSICA: "*¿Cuál más infeliz estado
de amor y desdén ha sido,
amar siendo aborrecido,
o aborrecer siendo amado?*"

REY: Diga la primera Irene.

IRENE: Aunque excusarme podía
de cuestiones amorosas
mi inclinación, más bien vista
que del ocio de la paz
del furor de la milicia,
con todo eso la cuestión
tanto se me facilita
que me atrevo a entrar en ella;
y digo que es la desdicha
mayor, el más infeliz
estado en su monarquía
aborrecer siendo amado.

REY: ¿Y tú qué dices, Aminta?

AMINTA: Yo no sé de amor tampoco;
pero, a saberlo, diría
que amar siendo aborrecido
es la mayor tiranía
de sus imperios.

REY: ¿Tú, Flora?

FLORA: La opinión de Irene tira
mi afecto al aborrecer.

REY: ¿Nise?

NISE: Al ser aborrecido.

REY: ¿Tú, Laura?

LAURA: Yo sigo a Irene.

REY: ¿Tú, Clori?

CLORI: Yo sigo a Aminta.

MALANDRÍN: (¡Gran cosa es ser rey de Chipre!
¡Con qué llaneza platica
las cosas de amor y celos,
casero con su familia!)

Aparte

REY: ¿Y tú, Aurelio, qué eligieras?

AURELIO: Siendo forzoso que elija,
amar siendo aborrecido,
dijo su alteza, y sería,
sabiendo yo su opinión,
poca atención no seguirla.

REY: ¿Y tú, Dante?

DANTE: En el ingenio
nunca la atención peligra;
y así, con aquesta salva,
no importa que la otra siga;
aborrecer siendo amado,

MALANDRÍN: no hay cosa que tanto aflija.
Pues a hombres de placer
ningún lugar se les priva,
esperad, que mi humor falta
decir a lo que se inclina.
Aborrecer siendo amado
es una ruindad indigna;
amar siendo aborrecido,
grandísima bobería.
Y así es mi opinión, guardando
a toda dama justicia,
que se aborrezca y se ame,
tratándolas cada día,
a la fea como a fea,
y a la linda como a linda.

AURELIO: ¡Quita, loco!

DANTE: ¡Aparta, necio!

REY: Para la cuestión repitan
la copla toda, y estén
los coros siempre a la mira,
para que a las opiniones
las glosas a un tiempo sigan.

M&Uaccute;SICA: "¿Cuál más infeliz estado
de amor y desdén ha sido,
amar siendo aborrecido,
o aborrecer siendo amado?"

IRENE: Entre amar y aborrecer
no hay comparado ejemplar,
pues trae dentro de su ser,
quien aborrece, al pesar;
pero quien ama, al placer;
luego, si el que ama está hallado,
y el que aborrece penado,
bien de ambos, no sólo infiero
cuál sea el estado, pero
cuál más infeliz estado.

MÚSICA: "Desdichado
del que aborrece, si infiero,
no sólo a otro comparado,
cuál sea el estado, pero
cuál más infeliz estado."

AMINTA: Quien, siendo amado, aborrece
ya el ser amado le aplace;
mas quien ama y no merece
de amor la persona es que hace,
del desdén la que padece;
luego, si aquél ha tenido
un mal, el aborrecido
dos, pues sin despique siente,
y maltratado igualmente
de amor y desdén ha sido.

MÚSICA: "¡Ay del perdido
que sin dicha alguna siente

Sale LIDORO

LIDORO: Bien puedo pedirte albricias.

REY: ¿De qué?

LIDORO: De que ese bajel,
nao marchante de la India
oriental, cargado viene
de plata, oro y piedras ricas,
a hacer empleo en los frutos
que esta tierra fertilizan,
con que ha de exceder tu reino
a las comarcanas islas.

REY: Yo las albricias te mando,
que llega a ocasión que es dicha,
pues puedo hacer, con su empleo,
que a la de Egnido se siga
la guerra; que he de morir
o acabar de destruirla.

Vase

LIDORO: (¡Qué al contrario ha de salirle
el empleo que imagina!)

Aparte

AURELIO: Aunque de paso, no puedo
dejar, Irene divina,
de decir que mi esperanza
aun vive.

IRENE: Mucho me admira
que aun para decirme eso
al rey le perdáis de vista.
Id tras él, que importa más
que mi amor.

AURELIO: Bien me castigas.

Vase

IRENE: No mucho, pues que te dejo
aguesa esperanza viva.
(Allí Lidoro ha quedado.
¡Oh, si las ferias del día
diesen ocasión de hablarle!)

Aparte

LIDORO: (Allí quedó Irene. Dicha
fuera que hablarla pudiera,
porque pudiera decirla
de dónde la nao viene.

Aparte

MALANDRÍN: ¿Ves estas penas de Aminta?
Pues tú, señor...

DANTE: Ya lo sé,
ya lo sé, no me lo digas;
que pues nada me remedia,
no es bien que todo me aflija.
¿Ves aquel afecto? ¿Ves
aquella pasión que obliga

a sentimiento a las piedras?
Pues menos tras sí me tira
que aquel helado desdén;
tanto que, en una acción misma,
quiero oír más aquí rigores
que allí ponderar caricias--
Bellísima Irene, ¿cuándo,
cuándo, apacible homicida,
has de acabar de pagar
con una muerte dos vidas?
¿Cuándo podrá el rendimiento
de un triste...?

IRENE: No, no prosigas;
que para saber que nunca
han de ser menos mis iras
no es menester que me tome
más tiempo en que te lo diga.

DANTE: ¿Es posible que no puedan
hallar tantas ansias mías
lugar en tu pecho?

IRENE: No.

DANTE: Pues ¿qué haré yo en que te sirva?

IRENE: Irte, sin decirme nada.

Hace DANTE una reverencia y se va a hablar con LIDORO

MALANDRÍN: (¡Qué obediencia tan rendida!
No hiciera un novicio más.)

Aparte

DANTE: ¡Celio!

LIDORO: ¿Qué me mandas?

DANTE: Mira,
amigos somos los dos,
tus fortunas me lastiman,
lastímente mis fortunas.
A esa fiera, a esa enemiga,
a esa esfinge, a esa sirena,
áspid de esta nueva Libia,
ya que me cierra los labios,
la dirás de parte mía
que no me agradezca tanto
el mirarse obedecida,
a vista de su desdén,
cuanto del amor de Aminta.

Vase

MALANDRÍN: Y yo ¿puedo decir algo?

IRENE: Menos vos; idos aprisa.

Hace MALANDRÍN una reverencia y se va hacia LIDORO

MALANDRÍN: Decid a aquesa señora,
Celio, tan desvanecida,
que eso se merece quien

en el bosque y en la quinta
no la dejó en fiera y fuego
ser vianda o ser ceniza.

Vase

LIDORO: Grande dicha ha sido, Irene,
que los cielos me permitan
lugar de hablarte.

IRENE: Mía es,
si es que es de alguno, la dicha,
para que pueda también
en ti aprovechar mis iras.

LIDORO: ¿Iras?

IRENE: Sí.

LIDORO: Pues ¿con qué causa
conmigo también te indignas?

IRENE: Dijísteme que a este puerto
hecho mercader venías
de joyas y de pinturas,
unas bellas, si otras ricas,
a fin de reconocer,
siendo tú propio tu espía,
el modo de mi prisión,
para ver cómo podrías,
con el valor o la industria,
o conquistarla o abrirla.
Añadiste a esto que a Dante,
autor de nuestras desdichas,
venías a dar la muerte.
Dejo aparte aquella ruina
del bajel, dejo que fuese
él quien te ampare y te asista,
dejo que le hayas pagado
el favor con más altiva
fineza, cuanto va a ser
generosa una, otra pía;
y voy a que, si ya en paz
te han puesto sus hidalguías
con él, y queda el rencor
airoso, ¿cómo no aspiras
a vengarte, cómo, en vez
de darle muerte, te humillas
a recibir beneficios?
¿Tú alcaide suyo?

LIDORO: Oye, mira;
que si el poco tiempo que hay
en quejas le desperdicias,
hará falta a lo que importa.
Sabe, Irene, sabe, prima,
que ese bajel que ha llegado
es tu padre el que le envía.
Por cabo dél viene Libio,
con aquella intención misma
que traje yo; que sabiendo
mi pérdida, solicita

el rey, que me juzga muerto,
que otro en mi lugar te asista.
Preñado caballo griego
de máquinas exquisitas
de fuego, es Etna del mar
que, afectado por encima
de la nieve del contrato,
encubre dentro la mina
que ha de reventar en Chipre
pasma, horror, asombro y grima,
si ya no vence la industria
antes que las armas. Mira
ahora si te está mal
que yo las llaves admita
del puerto, y...

AMINTA dentro

AMINTA: Dejádme todos;
no me siga nadie.

LIDORO: Aminta
viene allí.

IRENE: No poder siento
responder agradecida
a la nueva y, pues el mar
con los jardines confina
del palacio, y tú en él tienes
dominio, a que no resistan
las guardas, aquesta noche
en un esquiife a su orilla
ven; que yo te esperaré,
como acaso divertida
en ellos, donde tratemos,
antes que de la conquista,
de la fuga. Y sea la seña
que te doy, porque podría
ser que otras damas estén
en los jardines...

LIDORO: ¿Qué? Dila.

IRENE: Porque sea más callada,
y de la noche más vista,
tener un lienzo en la mano;
y así, la que a la marina
más se acercare con él
soy yo.

Sale AMINTA al paño

LIDORO: Ya llega.

IRENE: Imagina,
atrevido forastero,
que el no quitarte la vida
por mis manos es porque
no es tu bárbara osadía
capaz de tan gran castigo,

de tan noble muerte digna.
AMINTA: ¿Qué es esto?
IRENE: Nada, señora.
AMINTA: Yo he de saber qué te obliga
a dar esas voces.

IRENE: Oye,
si saberlo solicitas.
Dile a quien tan atrevido
ese recado me envía
que procure su intención
lograrla, mas no decirla;
porque no la logrará,
habiendo de ella noticia.

Vase

AMINTA: Menos lo he entendido ahora.
LIDORO: Pues no está obscura la cifra.
Criado de Dante soy,
con sus favores me obliga
a que de su parte a Irene
--no sé dónde voy-- la diga
que intención es al rey
para su esposa pedirla,
si ella da licencia. A que
me respondió enfurecida
que procure su intención
lograrla, mas no decirla;
porque no la logrará,
habiendo de ella noticia.

AMINTA: Dice bien, porque soy yo
fiadora de que ofendida
no ha de ser de esa violencia,
cuando mi hermano la admita.
Así lo decid a Dante,
y añadid de parte mía
que hace bien en pretender
con otros medios, si mira
cuán poco los rendimientos
a un ingrato pecho obligan.

LIDORO: Yo lo diré, aunque no sé,
señora, cómo lo diga.

AMINTA: ¿Por qué?

LIDORO: Tampoco lo sé.

AMINTA: Pues ¿vos me habláis con enigma?

LIDORO: Si lo es mi vida, ¿qué mucho
que de lo que es mío me sirva?

AMINTA: No os entiendo.

LIDORO: Yo tampoco.

AMINTA: Hablad más claro.

LIDORO: Otro día.

AMINTA: ¿Por qué no ahora?

LIDORO: Porque
soy extraño en estas islas.

AMINTA: ¿Para hablar importa?

LIDORO: Sí.

AMINTA: ¿Cómo?
LIDORO: Como el fin peligra
de quien ignorado habla;
que la razón más bien dicha,
por entendida que sea,
se halla sin ser entendida.

Vase

AMINTA: ¡Extraño estilo! No sé
qué presume, qué imagina
el corazón, que parece
que con recelos me avisa
que aqueste extranjero es,
si atiendo a la bizarría
de su acción primera, y luego
a la de amistad tan fina,
más de lo que dice. Pero
que lo sea o no, ¿qué quita
ni qué pone a mi dolor?

Sale DANTE

DANTE: (Fuése Irene y quedó Aminta. **Aparte**
Mas si ambas son mis estrellas,
¿qué me espanta, qué me admira
que la feliz sea la errante
y la no feliz la fija?)
AMINTA: Dante, ¿cómo a este jardín,
cuando ya la sombra pisa
la falda a la luz, entráis?
DANTE: Como la luz de tu vista
desmiente tanto la noche
que aun pienso que todo es día.
AMINTA: Del academia debió
de sobrar esa poesía,
y como cosa sobrada
la gastáis conmigo.
DANTE: Indigna
presunción de un rendimiento...
AMINTA: ...que casarse solicita
todavía con Irene,
a cuyo efecto la envía
a tomar de ella licencia,
para que el rey se la pida.
DANTE: Hartas causas de quejaros
os han dado mis desdichas.
¿Para qué, si las hay ciertas,
os valéis de las fingidas?
Tal licencia no he pedido.
AMINTA: Luego ¿causa hay que la finja
entre Irene y Celio?
DANTE: No
os entiendo.
AMINTA: No me admira;

que yo tampoco me entiendo.
Mas para cuando él os diga
lo que yo le dije a él,
ved que en confianza mía
está Irene, y que palabra
la he dado de que yo impida
que el rey sin gusto la case;
y no juzguéis, por mi vida,
--¡mal juramento!-- que son
mis celos los que me obligan,
sino la estimación vuestra;
que es mi voluntad tan fina,
tan hidalgo mi dolor,
tan noble la pena mía,
que, porque ella no os desprecie
tan cara a cara a mi vista,
quiero yo que de mejor
aire su desdén se vista,
y no obligue una violencia
a lo que un amor no obliga.

Vase

DANTE:

Sin duda que convino
a la gran providencia
de los dioses hacer en mí experiencia
de cuánto el alto Júpiter previno
extender los imperios del destino,
pues con aqueste amor presagios tales
me hizo objeto de bienes y de males;
sin que puedan jamás males ni bienes
lograr favores ni decir desdenes.
¡Oh tú, estrella divina,
oh tú, sagrada estrella,
primavera que en campos del sol huella
la esfera cristalina,
en cuyo influjo Venus predomina!
¡Oh tú, trémula hermana
del sol, oh imagen ya de la fortuna,
que en el cóncavo espacio de tu luna
incluyes soberana
el no pisado alcázar de Dīana!
Hoy con vuestras centellas,
en quien el sol parece que ha quedado
a pedazos quebrado,
pues vuestras lumbres bellas
nunca son más que un sol quebrado a estrellas;
decidme cada una,
o todas me decid, si a todas toca,
¿cuál es aquella --¡ay triste!-- que provoca,
siempre infiel, siempre vil, siempre importuna,
el ceño contra mí de mi fortuna?
No quiero que enemiga
deje de ser; no quiero
que favorable contra el hado fiero
se muestre; sólo quiero que me diga

alivio alguno; antes, Flora,
de mi tristeza el extremo
se aumenta con la dulzura
de sus cláusulas.

IRENE: Lo mismo
de las cláusulas del agua
dicen los que ese secreto
observaron; y así harás
bien en retirarte presto,
pues la experiencia es la misma.

AMINTA: Yo por contraria la tengo,
pues aquélla me entristece,
y ésta me divierte.

IRENE: (¡Cielos,
sola esta noche la han dado
el mar y el jardín contento!) **Aparte**

NISE: Pues ya que aquí de la noche
aliviada estás, ¿qué haremos
para divertirte?

AMINTA: Una
cosa no más apetezco.
FLORA: Di, ¿qué es?

AMINTA: Que me dejéis sola;
porque si llorar pretendo
y suspirar, para el llanto
y para el suspiro es cierto
que el mar y el viento me bastan,
pues son de mis sentimientos
el mejor amigo el mar,
la mejor lisonja el viento.

IRENE: No quedas bien aquí sola.

AMINTA: Nunca yo sola me quedo;
mis penas quedan conmigo.

IRENE: Yo a dejarte no me atrevo;
(y es verdad, por no dejarte
en las manos de mi riesgo) **Aparte**
que sola, triste y de noche,
es dar al dolor esfuerzo.

AMINTA: Pues quédate tú conmigo.

LAURA: Nosotras nos retiremos,
ya que gusta de eso Aminta.

Vanse CLORI, FLORA, LAURA y NISE

DANTE: (Aminta e Irene --¡cielos!--
solas han quedado, y yo
testigo de sus afectos.) **Aparte**

AMINTA: Ya que has gustado quedarte
conmigo, darte pretendo
cuenta de mi mal; que, aunque
tú no lo ignoras, sospecho
que comunicado pueda
aliviar mi sentimiento.

Saca AMINTA un lienzo, como llorosa

IRENE: ¿Lloras?

AMINTA: Sí, por que lo digan,
Irene mía, primero
mis lágrimas que mis voces.

IRENE: Quita, por Dios, quita el lienzo
de los ojos, ni en la mano
le tengas por instrumento
de esa flaqueza. (¡Ay de mí!
Que si viniera a este tiempo
Lidoro, y viera la seña,
todo estaba descubierto.)

Aparte

AMINTA: No hay cosa, Irene, que más
alivie a un rendido pecho
que el llanto; y, pues has quedado
a servirme de consuelo,
no del consuelo me prives.
Pero bien haces, si advierto
que eres tú de mis pesares
la causa...

IRENE: Mucho lo siento;
pero no sé en qué, porque,
si es Dante acaso el objeto
de tus tristezas, segura
puedes de mí estar, supuesto
que sabes que no le estimo.

AMINTA: Y aun ése es mi sentimiento,
ver que lo que estimo yo
nadie trate con desprecio.
¿Hay quien merezca tu amor
mejor que él?

IRENE: Nunca vi celos
que se abatiesen a ser...

AMINTA: Irás a decir "terceros
de su agravio." No lo digas;
porque no lo son, supuesto
que el sentir yo su desaire
es nobleza de mi afecto.

IRENE: Pues habrás de perdonarme,
que, aunque lo sientas, no puedo
dejar de decir que a Dante
con vida y alma aborrezco.

DANTE: (¿Que digan que mi albedrío
es mío y usar dél puedo,
cuando no puedo pagar
este amor ni aquel desprecio?)

Aparte

AMINTA: No digo yo que le quieras,
pero --¡ay de mí!-- que no tengo
aliento para decirlo.

Pónese el lienzo en los ojos

IRENE: ¿Otra vez al llanto has vuelto?

AMINTA: No, que nunca le he dejado.

Salen LIDORO y LIBIO

Hombre, ¿quién eres?
LIDORO: No sé.
(¡Aminta es, viven los cielos,
la que con la seña estaba!) **Aparte**
DANTE: (A salir no me resuelvo,
hasta averiguar mejor **Aparte**
de todo el lance el empeño.)
AMINTA: ¡Traición, traición! ¡Flora, Nise,
Laura, Clori!
IRENE: A tus acentos
pon silencio, si no quieres
perder la vida a este acero. --
Lidoro, ya declarados
estamos y descubiertos.

DANTE: (¿Lidoro dijo? ¿Qué escucho?) **Aparte**
IRENE: No hay sino que el valor nuestro,
a pesar de la fortuna,
apele al último esfuerzo,
y lo que ha de ser mañana,
mejor será que sea luego.
Y pues el esquiife está
en la playa, y en el puerto
el bajel, no hay que esperar,
sino dar la vela al viento.
LIDORO: Dices bien; y porque nada
los dos por hacer dejemos,
Aminta ha de ir con nosotros.
AMINTA: ¿No hay quien me socorra, cielos?
DANTE: Sí; que aquí está quien defienda
tantos traidores intentos.
LIDORO: ¿De dónde, Dante, has salido
a estorbar mi dicha?
DANTE: El centro
de la tierra me ha arrojado
para ser castigo vuestro.

Sale LIBIO

LIBIO: Fiado el esquiife a la arena,
a hallarme a tu lado vengo.
LIDORO: Entre tú e Irene, Libio,
mientras yo el paso defiendo
a Dante, llevad a Aminta
al esquiife.
AMINTA: ¡Piedad, cielos!
IRENE: Ven, ingrata; que has de ser
mi prisionera otro tiempo.
AMINTA: ¡Flora, Nise, Clori, Laura!
IRENE: Pondréte en la boca el lienzo
que te pusiste en los ojos;
sirva de algo en mi provecho,
pues tanto sirvió en mi daño.

Llevan IRENE y LIBIO a AMINTA

DANTE: Hoy verás, Lidoro o Celio,
castigadas tus traiciones.

Riñen los dos. Dentro dicen

IRENE
y AMINTA: ¡Piedad, dioses!
LIDORO: ¿Qué es aquello?

Sale LIBIO

LIBIO: Que el esquife, desasido
del cabo que le di a tiento,
se ha alejado de la orilla,
e Irene y Aminta dentro
solas, corriendo fortuna,
fluctúan sin vela y remo.

Dentro

IRENE
y AMINTA: ¡Socorro, dioses!
UNOS: ¡Traición!
OTROS: ¡Acudid, acudid presto!
DANTE: ¿Cómo a socorrer sus vidas
yo no me arrojo, supuesto
que, donde ellas son lo más,
todo lo demás es menos?

A LIDORO

No huyo de tu riesgo, pues
voy a buscar mayor riesgo.

*Vase. Salen el REY, AURELIO, CLORI, NISE, LAURA, FLORA y
criados con hachas*

LIBIO: Al mar se arroja.
LIDORO: Tras él
me echaré.
LIBIO: Tente.
REY: ¿Qué es esto?
LIDORO: No lo sé, señor; que yo,
al ruido también saliendo
a correr las centinelas
del baluarte del puerto,
hasta aquí llegué, y lo más
que haber terminado puedo
es que Aminta, Irene y Dante
en un esquife pequeño

AURELIO: se han echado al mar. Yo de estas
embarcaciones me atrevo
a tomar una y seguirlos.

Vase

LIDORO: Yo también haré lo mismo.
Ven, Libio; que si una vez
el bajel cobro, y del puerto
salgo, cobraré el esquite.

Vanse LIDORO y LIBIO

REY: No en vano, no en vano, cielos,
en sus estatuas me dijo
el oráculo de Venus
que vendría a ser Irene
escándalo de mis reinos.
Ya lo vi, pues que ya vi
fieras, diluvios e incendios
contra Aminta conjurados,
y ahora los elementos;

Ruido de tempestad

pues, embravecido el mar,
reconociéndola dentro,
el cielo a escalar se atreve,
montes sobre montes puestos.
¿Qué es esto, hermosas deidades?
¿Hermosas luces, qué es esto?

Hablan en lo alto DIANA y VENUS

DIANA y VENUS: Nada las dos experiencias
dijeron de tierra y fuego,
y queremos ver si dicen
más las del agua y del viento.
REY: Ecos --¡ay cielo!-- en el aire
oigo; y pues no los entiendo,
los sacrificios alcancen
qué quiere decirme el cielo;
que pues nada la experiencia
ha dicho de tierra y fuego,
solicito que me diga
más la del agua y del viento.

**Vanse. Descúbrese un bajel, y en él
IRENE, AMINTA y DANTE**

IRENE: ¡Piedad, dioses soberanos!

AMINTA: ¡Socorro, dioses inmensos!
 IRENE: ¡Que, embravecidos los aires...
 AMINTA: ¡Que, sañudo el mar soberbio...
 IRENE: ...de este mísero bajel...
 AMINTA: ...de este errado frágil leño...
 IRENE: ...la quilla toca a la arena!
 AMINTA: ...y la gavia al firmamento!
 DANTE: Sola esta vez vino bien
 encarecido el proverbio,
 puesto que por las dos anda
 el que anda el mar por los cielos.
 Ni por ti pude hacer más,
 Irene, ni por ti menos,
 Aminta, que despechado
 arrojarme a socorremos.
 Y pues al borde del barco
 llegué --¡ay infelice!-- a tiempo
 que, amotinadas las ondas,
 una es nube y otra es centro,
 ya que no puedo vencer,
 ya que contrastar no puedo
 ni los embates del mar
 ni las ráfagas del viento,
 con morir entre las dos
 habrá cumplido mi afecto.
 IRENE: Por más, Dante, que te mueva
 en mi favor ese aliento,
 y, a pesar de mis traiciones,
 tu fineza haga ese esfuerzo,
 no has de obligarme; y no tanto
 de esta tormenta me alegro
 porque amenaza mi vida,
 que más que a ti la aborrezco,
 cuanto porque sé que, ya
 que muero a su desdén, muero
 no dejándote a ti vivo.
 AMINTA: Yo, Dante, al contrario siento,
 pues el riesgo de mi vida
 ni le estimo ni le temo.
 ¡Pluguiera al cielo que en mí
 quebrara la suerte el ceño
 y vivieras tú, por quien
 gustosa mi vida ofrezco
 en humano sacrificio
 a la gran deidad de Venus.
 IRENE: Yo a la deidad de Diana,
 porque muramos a un tiempo,
 y sea el mar de mí y de Dante
 sacrílego monumento.
 AMINTA: ¡Piedad, dioses!
 IRENE: ;Iras, dioses!
 AMINTA: ¡Piedad, cielos!
 IRENE: ;Iras, cielos!

Suenan instrumentos y terremoto

DANTE: Iras pedís y piedades,
y a ambas parece que oyeron
dioses y cielos, pues, cuando
brama el mar y gime el viento,
dulces instrumentos suenan.
¿Quién vio en un instante mesmo
cláusulas tan desiguales
como dulzura y lamento?

MÚSICA: *"Dante, si quieres que el mar
mitigue el furor soberbio,
una de aquesas dos vidas
has de arrojar a su centro.
Resuélvete, y sea presto,
para que el mar serene y calme el viento."*

DANTE: Voz que, entre tormenta y calma,
oráculo eres tan nuevo
que nunca se vio de dos
contrariedades compuesto,
si de humano sacrificio
está Neptuno sediento,
y ha de ser víctima humana
su culto, la mía te ofrezco.
Viva Irene y viva Aminta;
muera yo, que librar pienso
a la una porque me quiere,
a la otra porque la quiero.

MÚSICA: *"Una ha de ser de las dos
la que elijas, por decreto
de los hados destinada."*

DANTE: ¿No hay remedio?

MÚSICA: *"No hay remedio.
Resuélvete, y sea presto,
para que el mar serene y calme el viento."*

DANTE: ¡Ay infelice de mí!
¡En qué confusión me veo,
entre aquel desdén que adoro
y aquel amor que aborrezco!

IRENE: ¿En qué confusión te ves,
si es tan fácil la elección,
cuando de mi inclinación
sabes el afecto? Y, pues
tanto te aborrezco que es
quererte dolor más fuerte
que la muerte, dame muerte
y cúmplase en mí el destino,
porque no te quiero fino
a truco de no quererte.

AMINTA: ¿En qué confusión estás,
si la elección facilitas
cuando ves que en mí te quitas
lo que tú aborreces más?
Dame a mí muerte y verás
que, cuando me mates, trato

quererte, sin que el contrato
altere mi amor; pues fiel
¿qué hará en querete cruel
la que te ha querido ingrato?

DANTE: De dos afectos [no] infiero,
cielo, cuál a cuál prefiere.
Dar muerte a la que me quiere
es un desaire grosero;
pues dar muerte a la que quiero
es un tirano rigor.
¿Qué harán mi amor y mi honor
cuando en tal duda se ven?
Dilo, amor.

MÚSICA: Viva el desdén.
DANTE: Dilo, honor.
MÚSICA: Viva el amor.
IRENE: Darme a mí la vida es
tan baja y tan vil acción
como ver la obligación
al lado del interés.
El tuyo es mi vida, pues
la quieres y, siendo así,
nada recibo de ti,
aunque la vida reciba,
pues el querer que yo viva
no es hacer nada por mí.

AMINTA: ¿Quién, cuando pudo obligar
de lo que quiso el rigor,
tuvo en su mano el amor
y echó su amor en el mar?
Decir que te pude dar
nota de infamia en tu fama
es error; porque a quien ama
todos airoso le ven,
pues sólo está airoso quien
está airoso con su dama.

DANTE: En dos mitades partido
siempre el corazón ha estado,
de un desdén enamorado,
de un amor agradecido;
mas nunca --¡ay de mí!-- ha tenido
las dudas en que hoy le ven
los hados. ¿Quién, cielos, quién
me dirá, en tanto rigor,
qué elija...?

MÚSICA: "Viva el amor."
DANTE: ¿...qué escoja?
MÚSICA: "Viva el desdén."
IRENE: Si es que a obligarme te mueves,
¿quieres templar mi fineza?
AMINTA: ¿Quieres con una fineza
pagarme lo que me debes?
DANTE: Sí.
IRENE: Pues, en discursos breves,
dame la muerte.

DANTE: Eso no;
que amor tu ira me debió.

AMINTA: Dámela a mí, si a ella quieres.
DANTE: Eso no; porque tú eres
a quien se le debo yo.
IRENE: Poco en mí vas a lograr.
AMINTA: Nada en mí vas a perder.
IRENE: Siempre te he de aborrecer.
AMINTA: Nunca yo te he de olvidar.
IRENE: Tu honor se ofende en dudar.
AMINTA: En dudar tu amor también.
IRENE: Muerte tus ansias me den.
AMINTA: Muerte me dé tu rigor.
Muera yo, y viva el amor.
IRENE: Muera yo, y viva el desdén.
AMINTA e
IRENE: *"Y para que estén
cielo y tierra suspensos..."*
AMINTA, IRENE y
MÚSICA: *"Resuélvete, y sea presto,
para que el mar serene y calme el viento."*

DANTE: ¿A qué me he de resolver,
partido entre dos extremos,
si la que más razón tiene,
la que tiene más derecho,
es la postrera que escucho
y la primera que veo?
¿Puedo yo arrojar a Irene,
que es la vida en quien aliento?
No. Perdona, Aminta hermosa.
Mas no perdones tan presto;
que, aunque resuelvo ser fino,
ser ingrato no resuelvo.
¿Puedo yo arrojar a Aminta,
a quien tantas ansias cuesto?
No. Perdona, Irene bella.
Pero tú tampoco --¡ay cielos!--
me perdones; que, por ser
cortés, no he de ser sangriento.
Perder a Irene es venganza;
perder a Aminta es desprecio.
Amor, desdén, de una vida
os doled, dadme consejo.

MÚSICA: *"Resuélvete, y sea presto,
para que el mar serene y calme el viento."*

IRENE: ¿Qué esperas, Dante?
AMINTA: ¿Qué aguardas?
IRENE: Si estás notando...
AMINTA: estás viendo...
AMINTA e
IRENE: ...que, porque una no se pierda,
pierdes a las dos a un tiempo.

DANTE: Pues, ya que he de resolverme,
aquí piadoso, allí fiero,
muera yo de enamorado
y no viva de grosero.
Perdóname, Irene; que antes
es mi honor que mi tormento.

IRENE: ¿Esto es lo que me has querido?

Llora

DANTE: ¿Tú no me aconsejas esto?

IRENE: Sí; pero hay consejos que
no los dan los sentimientos
para que se tomen; y una
cosa es, contingente el riesgo,
aconsejar yo, y es otra
que tú tomes el consejo.

DANTE: Ésta es la primera vez
que vi terneza en tu pecho.
¿Llorar sabes? Mucho sabes,
pues lo guardaste a este tiempo.
Perdona, Aminta, que llora
Irene.

AMINTA: Yo te agradezco
que, aun para matarme, vuelvas
a mí. Y pues no me arrepiento
del consejo que te he dado,
échame al mar; que más quiero
morir alegre que ver
a Irene triste, supuesto
que tú has de sentir su llanto.

DANTE: ¿Quién vio tan trocado afecto
como ver, en un instante
pasando de extremo a extremo,
quien por mí riyó llorando,
quien por mí lloró riyendo?
Mucho supo la hermosura
que supo llorar a tiempo,
y aun la que supo reír,
a fe que no supo menos.
De amado y aborrecido
las dos pasiones padezco.
Aborrecido de muchas
puedo ser, ¿quién duda? Pero
pocas hallaré que me amen.
Y así al amor me resuelvo
a coronar, no al desdén;
y digan de mí los tiempos
que falté a mi conveniencia,
mas no a mi agradecimiento.
Admite, pues, en tu espuma,
o sacra deidad de Venus,
la ingrata víctima humana
de Irene; sepulte el centro
en ella la ingratitud,
porque no haya humano pecho
que juzque a mejor vivir
amando que aborreciendo.

Al ir a arrojarla, salen VENUS y DIANA en lo alto

VENUS: ¡Oye!
DIANA: ¡Aguarda!
VENUS: ¡Escucha!
DIANA: ¡Espera!
DANTE: ¿Qué quiere decirme el viento?
MÚSICA: "*¡Victoria por el amor!*
 ¡Viva la deidad de Venus!"
VENUS: Como no ha querido más
 de nuestra cuestión el duelo
 que llegar a la experiencia
 de si es el más noble afecto
 de una hermosura el amor,
 pues que es suyo el vencimiento.
 Y así, serenado el mar,
 vuelve al abrigo del puerto,
 donde mi oráculo ya
 ha prevenido el suceso,
 para que, en vez de castigo,
 el rey, al perdón atento,
 de Aminta esposo te haga
 festivos recibimientos,
 que ya desde aquí se escuchan,
 diciendo a voces el eco:
MÚSICA: "*¡Victoria por el amor!*
 ¡Viva la deidad de Venus!"
DANTE: Felice mil veces yo,
 que no solamente veo
 tranquilo el mar, de su espuma
 bellísima deidad, pero
 el mar de mis confusiones
 también tranquilo y sereno.
AMINTA: La felicidad es mía.
IRENE: Y mío sólo el tormento.
DANTE: ¡A tierra, a tierra! Y digamos
 todos con la voz a un tiempo:
MÚSICA: "*¡Victoria por el amor!*
 ¡Viva la deidad de Venus!"

**Ocúltase el bajel con los tres y descienden de lo alto VENUS
y DIANA**

DIANA: Confieso que me has vencido;
 pero no, Venus, confieso
 de una errada elección
 la razón del vencimiento.
 Y para que no imagines
 que por desaire lo tengo,
 yo la primera he de ser
 que guíe de estos festejos,
 con que el rey recibe a Dante,
 la máscara que han dispuesto
 para las bodas de Aminta
 las damas, mientras prevengo

otra experiencia, en que quede victoriosa.

VENUS: Yo te acepto la lisonja ahora, y después la competencia; y, supuesto que ayudar quieres, empieza con la música diciendo:

Salen dos damas con máscara y hachas, tómanlas también VENUS y DIANA, y mientras danzan y cantan la copla que se sigue, salen por una parte el REY, AURELIO, MALANDRÍN, LIDORO y LIBIO, y por otra IRENE, AMINTA Y DANTE

MÚSICA: "¡Victoria por el amor!
¡Viva la deidad de Venus!
Aves, fuentes, plantas, flores,
decíme en los ecos de vuestros amores,
para triunfar más segura
una divina hermosura
¿qué afecto será mejor?
Amor;
pues él es el superior
y el que al fin le está más bien.
¡Viva el amor y muera el desdén;
muera el desdén y viva el amor!"

DANTE: A tus plantas...
REY: No me digas nada; ya de todo tengo noticia, favorecido del oráculo de Venus; y pues ella favorable te es, ya en mí es fuerza el serlo. A Aminta le da la mano.

AMINTA: Logró mi fineza el cielo.

DANTE: Dichoso yo.

MALANDRÍN: ¿Que ésa es dicha?
¿Casar con quien quieres menos?

DANTE: Sí; que para dama es buena, Malandrín, la que yo quiero; para esposa, la que a mí me quiere.

A IRENE

REY: Y tú, hermoso bello prodigio de ingratitud, con quien, prisionera, tengo la paz de Egnido segura, pues ves que de tus intentos las traiciones no consigues, y Lidoro, a mis pies puesto, impedido de la diosa, no pudo salir del puerto, A Aurelio le da la mano;

